Acar

Celso Murillo

afán

Biblioteca Nacional - Tegucigalpa, D.C., Honduras -

poemas

Nº 503 B.T. Biblioteca Legal.

Céleo Murillo

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

alba de oro

prólogo

Marcos Carías Reyes

Un grupo de ilustres hombres de letras lanzó desde los Estados Unidos de América un Manifiesto en favor de la libertad de la cultura, amenazada, coaccionada por la intolerancia extremista —en idea y acción— de los **ismos** totalitarios, de toda índole, que se disputan actualmente la hegemonía del pensamiento humano y la hegemonía del poder universal.

Intelectuales de todo el mundo deben haber experimentado un alivio espiritual leyendo el aludido Manifiesto, que en forma valerosa, clara y precisa, interpreta el sentir y el pensar de todos aquellos que no los habían exteriorizado por no encontrar antes la síntesis que los cristalizara fielmente. Desde que la implacable pugna ideológica y política de los sistemas extremistas logró valores de cartel permanente en el escenario humano, ha constituido un motivo de preocupación, de angustia quizás, para muchos intelectuales, mejor dicho: para muchos artistas, la conservación intacta de su libertad de concepción y de creación. Las cadenas de uno, o de otro extremo, han aherrojado el criterio de gran número de artistas, quienes están imposibilitados de crear si no es de conformidad con el modelo standard que la intolerancia sectaria les impone, o a la que voluntariamente se han sometido por una convicción honrada, por momentánea conveniencia o por pose. La libertad de la Cultura, la libertad del Arte están seriamente amenazadas por la presión política de uno y de otro lado. Artistas: poetas, novelistas, pintores, músicos, han principiado ya a rebelarse contra esas absurdas imposiciones. El espíritu debe ser libre y la creación espontánea. No es forzoso que la obra de arte sea gregaria para que valga. ¿Cómo quedarían entonces los clásicos? ¿Habremos de hacer con ellos, como hiciera Omar en los días de la barbarie otomana, y en los de una nueva barbarie inquisidora, una inmensa hoguera? ¿Quemaremos a Cervantes y a Quevedo, a Góngora y a Lope, a Shakespeare y al Dante? ¿Quemaremos a Goya y a Wagner, a Verdi y a Rodin?

La tiránica intolerancia de los **ismos** ha cohibido, limitado, encarcelado tras las rejas del prejuicio y del dogma, a la libertad de crear. Antes de concebir, el artista pide permiso a las izquierdas, o su venia a las derechas. Si ofrece matices de aquello que las primeras consideran como un monopolio, las segundas lo *catalogan así: "bolcheviqui"; si se muestra indiferente a unas* y a otras, le dicen: "rezagado"; y si no hace alardes de iracundia contra la llamada burguesía, se le anatematiza como "reaccionario". A tan triste y difícil situación han llevado al artista las intolerancias ciegas y agresivas de hogaño.

El dogma siempre fué hermético. Y el prejuicio intolerante. Ambos sirven de alimento al fanatismo. Fanatismo de mística de izquierda. Fanatismo de mística fascista. Estamos volviendo a los días de Torquemada y de Ignacio de Loyola. Estamos recrudeciendo las persecuciones raciales. Estamos retrocediendo hacia Omar.

Henri Barbusse, André Gide y John Dos Pasos vuelven de Rusia decepcionados, amargados, con el alma triste por todo lo que allá vieron. El poder y la riqueza pasaron de los antiguos amos a otros amos. Cambiáronse nombres y etiquetas, pero el mismo mujick hambriento, taciturno y fatalista impone silencio a los urgentes alaridos de su estómago con el ¡Nistchevo! tradicional, que ya sabía decir en los brillantes días de los zares, cuando un conde loco llamado Tolstoy predicó el amor y la piedad entre los rusos. Y he allí a Henri Barbusse, a André Gide y a John Dos Pasos acusados de incomprensivos, de venales, de burgueses.

La decadencia del Arte —subordinado a la Política — o *subvencionado por la Política— es manifiesta.* Y no diremos Arte puro. Diremos: Arte libre. Arte espontáneo. Arte sincero, desnudo, limpio de mixtificaciones, horro de etiquetas, de sellos o marcas.

Los altos espíritus están muy por encima de estas pugnas transitorias, colocados en planos de serenidad —de eternidad— que les permiten una independencia de criterio en la cual queda a salvo la creación artística o científica, cualesquiera sean sus propios sentimientos. Paul Valéry hace poesía sin mácula. André Maurois estudia a los maestros ingleses; Tomas Mann escribe Montañas Mágicas; Stefan Zweig nos brinda "María Es-

tuardo" y "Fouché"; Alexis Carrel destila ciencia con su "El Hombre, un Desconocido"; sigue siendo un viento loco y una *llama al viento el gran Barba Jacob*; *interpreta el decir del agua* clara Enrique González Martínez; diluye mansamente sus emociones panteístas, frente al mar, Juana de Ibarbourou; no necesita pintar al rojo sus montañas estupendas y sus ríos sonoros Rómulo Gallegos. . . pero más abajo, el Arte anda desgreñado y fiero, con el puño en alto, o se arrellana en una butaca antigua dispuesto a llamar a los guardias para que ametrallen a la plebe. .

La disyuntiva es terrible. ¿Cómo ser sincero? ¿Cómo mantenerse libre? Todo el que dice lo que siente y piensa, es porque está inscrito en una secta extremista? ¿O debe hacer profesión de tal fe para sentir y pensar? ¿Podrá un libro ir y venir por el mundo conservando ingrávida la emoción que lo creó, sin manchas de una o de otra especie? Todo libro, toda obra de arte, son fruto de una emoción primigenia, de una serie de emociones — y todos llevan el sello de una intención. Mas, la emoción y la intención del creador habrán de sujetarse a ciertos cánones rígidos —con pretensiones de infalibilidad— o surgirán espontánea, natural, sincera y libremente?

Hay síntomas desconsoladores: todas las novelas que arrancan su argumento de las masas populares, se asemejan. Autores por decenas dedícanse a imitar a André Malraux. Poetas en montón hurtan a García Lorca, a Pablo Neruda o a los bardos de la poesía negroide puesta de moda y nacida después del jazz. Aceptamos, aplaudimos a veces, a un Malraux, a un Gladkov, a un Icaza; celebramos a un Neruda, a un Palés Matos, pero, por piedad, no tratéis de que recibamos mansamente al coro de los imitadores que, con brillantes y honrosas excepciones, ni son sinceros, ni son artistas. Todo esto pasará. Pasará, como pasó la manía de corear a Hugo y a Baudelaire, a Verlain y a Darío y a Chocano. Pasará el ruido. Mas, perdurará el Arte.

Esto no ha pretendido ser una crítica. Es, simplemente, un desahogo. Y lo ha provocado la presencia de un volumen inédito que descansa —más tarde no le será permitido— sobre nuestro escritorio. Se trata de A F A N y su autor es un joven. Pero un joven: ¡Poeta!

Para nosotros constituye un hallazgo este libro donde las musas no corren desmelenadas e insultantes, pobres trasuntos de las formidables Erinnias; ni flamean banderas con colores artificiales; ni dicen frases rimbombantes mentirosos apóstoles de feria. Las musas de este libro viven, son de carne; hay banderas, pero las que fabrica la naturaleza en figuras de árboles y de nubes; y las frases son dichas con la ruda vibración de la tormenta en el pinar balsámico, o con la suave dulzura del arroyo que corre en medio de peñascos milenarios, cuya adustez se adorna con la sonrisa de color de la orquídea. Estas son las primicias de un hombre joven que, cuando era aún adolescente, sintió en sí mismo la presencia de algo extraño, de algo poderoso e inexplicable. Cantos modulados con la naturalidad de las cosas que por sencillas son grandes. Frases dichas bajo el imperativo categórico del amor. Palabras halladas en las reconditeces del espíritu, que poseen espasmos volcánicos y ternuras de noche serena. Voces de soledad, voces de eternidad que apenas llegamos a interpretar y que sólo a medias trasladamos a la palabra dicha o escrita. Olores, rumores y ardores de la naturaleza, fuerte, sana, virgen: carne, árbol, agua, piedra, de todo esto hay en este libro.

El joven poeta nos ofrece un acento ancho y alto, de gran estro, —¿Barba Jacob, Molina?— en sus poemas de mayor envergadura. Y una delicadeza varonil —no enfermiza ni decadente— en sus sonetos. El Viejo Tiempo, taumaturgo dador de serenidad y de experiencia, irá poco a poco puliendo las aristas de su poesía, dosificando su imaginación, refrenando sus ímpetus. Pero ya encontrará en él aquello que falta en muchos: sinceridad, libertad de concepción y de creación, desnudez artística, conciencia de su Yo..

Rimbaud... ¿quién lo recuerda en estos días de poesía útil? ¿Fué aquel extraordinario sensitivo quien dijo que las palabras tienen colores? Nuestro poeta, en su Afán, exclama:

«Busco una palabra milagrosa y ligera,
honda, AZUL, sensitiva, clara y emocional.»

Existen palabras azules, rojas, grises, blancas. Alba, tú eres blanca. Mar, mar nórdico, tú eres una palabra gris. ¡Púrpura!, púrpura cardenalicia, púrpura virginal, púrpura homérica: ¡púrpura, eres roja! Y tú, Mar, iridescente, proteico, deslumbrador,

cambiante... ¿de qué color es esta palabra cuando señala las aguas que bañan las costas de la América ecuatorial?

Con dolorosa frecuencia las palabras son esquivas. Momentos del tremendo alumbramiento. Y por eso el poeta cristaliza su afán en la estrofa final:

«Y buscándola siempre he de estar en la espera,
ahondando el silencio con mis manos de cera,
aunque la vida dura no me la quiera dar»...

Sigue buscando la esquiva palabra, la humana emoción, la forma perfecta. Y, si algún día, herido por las espinas de la duda o de la envidia, vacilas, recuerda, Céleo Murillo, Poeta en el alba, la frase de aquel que fué Rubén Darío:

Y la primera ley, Creador: Crear. ¡Bufe el eunuco! Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta.

Marcos Carías Reyes

Tegucigalpa, el 8 de julio de 1939


afán

voces de eternidad

El canto gris

La montaña desdobla su penacho triunfante
y a lo lejos flamea su melena ondulante.
Hay un soplo lascivo de mujeres hurañas
que encaminan sus pasos por remotos senderos,
en busca del Amado en lejanas cabañas,
o a envolverse en la gloria de encantados luceros...

En la extensión sin límites aparece un cometa;
se detiene y contempla la colosal silueta
de un cocodrilo bárbaro de inmensos dentellones,
que, observando la marcha brutal del tiempo rudo,
se ha ocultado en la sombra de tremendos festones
amenazando al cielo con su silencio mudo.

Canta el viejo riachuelo en la floresta umbría;
en el azul difúndese nacarada alegría;
hay en todos los ámbitos suspiros y sollozos,
el mar se pone fiero, furibundo, membrudo,
pasan por la llanura cantando bellos mozos,
y en la sombra aparece un milenario escudo.

Un guerrero su espada que floreció en batallas
muestra a la testa ruda de extraviados canallas.
Una rubia sedienta de pasión se sonroja,
y se postra a las plantas de un asceta tendido;
cruje el viento en la fronda, se oye un largo gemido:
En la llanura pálida seméjase a una hoja.

La llanura se pierde en el confín lejano,
y azotada se duerme por el rudo verano.
La lluvia se desgrana a torrentes, bravía,
por entre la arboleda, como la luz del día.

Surcan en el espacio inmensas nebulosas,
como mundos informes, como lejanas cosas;
y quisieran diluirse en las sombras eternas
dejando para siempre las lejanas cavernas
en donde cruza en vértigos el látigo de fuego,
desgarrador, fatídico, que inutiliza luego.
Prometeo encadenado, desde su roca inerte
percibe en el vacío el grito de la muerte;
y se elevan sus lloros al cielo ennegrecido
con un afán colérico de loco, poseído
de huracanes inmensos en el pecho rugiente,
y de crinadas olas de océano impotente.

Un potro fugitivo por la pampa sombría
se pierde como una sensación de agonía,
perseguido por bravo cachorro de león;
languidece y se extingue su imposible silueta,
y en su cólera santa por alcanzar la meta,
deja escapar un lírico relincho de emoción...

Un águila en sus garras aprisiona un cordero,
y se eleva a los cielos cual bravío remero
que se lanza a las olas furibundas del mar;
la sacuden los fuertes huracanes que matan,
y sus potentes alas su cólera desatan
porque es ruda batalla la que hay que librar.

El sol ha descendido y la lluvia se aplaca.
Yo, entreabro un viejo libro en mi mesa de laca;
un libro que me cuenta las lejanas historias
de gentes que emigraron a través de los mares,
de las que sólo quedan las dolientes memorias
y el extinguido soplo de sus viejos cantares.

■ Excelsa demencia



A Marcos Carías Reyes

Hombre, si soy de barro.
De ese obscuro barro
que modeló el sol del tiempo.

En mí habla una progenie de tierras
y un mundo de infinitas angustias
contorsiona sus imposibles ansias.

Hombre, si soy de barro:
de ese barro obscuro
que abrasan cada día
las llamas del pecado.

De ese barro ingente
que sofoca su amor de soledades
y su ausencia de cumbres.

En mí habla una nostalgia...
La nostalgia del grano
y la reflorescencia de los frutos.

En mí la vida toma una forma profunda
que acaso no comprendo. Que se resuelve en nada...
En ritmos tan dispersos como las voces del vacío.

Hombre, si soy de barro.
De ese barro que modeló la mano
invisible y huraña del tiempo.

Concreto un porvenir que nada dice
y hablo por un infierno de relámpagos
zigzagueantes y trémulos.

Mi juventud, hermana de las piedras,
no ha tenido horizontes. Hermano del harapo
que se arrastra en la calle,
conozco la miseria. En el fondo
he vivido pegado
al humano dolor
y a la humana miseria.

He visto que se mueren en la calle
de hambre. Y sin embargo, la tierra,
la próvida tierra,
ha florecido y madurado en frutos.

Por eso me agarro a la rueda del tiempo,
y con él, voy girando por la esfera milenaria.
Ya conozco a los hombres. Quiero conocer ahora
la armonía tenaz de los astros..

Hombre, si soy de barro. Pero de ese barro
que modeló la oculta mano del sol del tiempo.

■ Madrugada marina

A Carlos Izaguirre

El viejo mar.
El claro, adusto, triste mar,
hoy se ha puesto a cantar.
Y un sollozar. Y un suspirar
finge la onda al divagar...

El claro mar, hoy se emborracha de cantar.

Un coro de tritones alza su voz;
y un rugir de huracanes
en desatados ademanes,
pasa veloz.

Sonoro mar.
Solemne mar.

Flota al viento una vela
y en la entrevista lejanía,
la loca risa de la estela
abre al soñar la celosía...

Quiero viajar
y la neblina
sobre la nave que se inclina,
es como un vago delirar.

Atrás se alza el viejo monte,
y como choque de cristales,
llena una voz el horizonte
en un desgarramiento de metales.

Sonoro mar,
rudo y sensual.

Soy marinero.
¿Fuí acaso un pirata de gesto marcial?
¿O un loco trovero de capa y sombrero
que al grato cantar marinero
se echaba a reír y a soñar...?

¿O acaso en las costas floridas,
lleno de fe, las doloridas
sandalias nunca desaté?
¿O en la proa del velero
fuí capitán altanero
que la tormenta desafié?

Sonoro mar,
quiero vagar...
En tu canción la vida es
loca, inquietante tentación,
que hace temblar el corazón
de desnudez...

Tienes la vida
y la encendida
rosa de alucinación...
Yo soy como los marineros
que se emborrachan de luceros
en un danzar del corazón.

Dar la emoción
y la caricia
en un desdoblamiento de delicia
es tu ilusión.
Y como coro de titanes,
tienes al par los huracanes
hechos de fuerza y de pasión.

Sonoro mar.
Solemne mar.
Quiero vivir
y amanecer
como en un beso de mujer,
en una loca sensación.

■ Hoy se ha muerto una estrella

Hoy cayó tu palabra como un fruto sencillo.
Maeterlinck en la sombra me dió una llave de oro
para hablar en silencio. Yo estrangulé las horas
y aprisioné el secreto milagroso del tiempo.

Nada sencillo tuvo para mí esta tristeza.
Y esta alegría mía fué en mi carne un ardid.
Pasó sobre la obscura soledad de la calle
tu canto, como una pelota de marfil...

Ambición ya no quiso poner en mí su arcilla,
ni modelar mi verso brumoso de nostalgia.
Un árbol sin ramajes tuvo un designio obscuro
y un viento puso en éxtasis mi estrella desvelada.

Ardió en mí la alegría de crearte, ¡oh tristeza!
porque en tí yo encontraba mi canción ambarina...
Job traía el poema de su carne podrida
y Mallarmé el exvoto de su fe simbolista.

Pero extraño al conjuro mustial de la palabra
y al milagro del cosmos que palpita en el grano,
odié la tierra y la savia frutal y decaída
empurpuró el oasis inmenso del espasmo.

Sensual y verlaineano quise moldear un busto,
quise arder en la forma de la belleza intacta,
y la llama surgida del caos de la ausencia
traía para mí su desazón arcaica.

Hoy vuelco sobre un seno que ardió en la sombra oculto,
el raro misticismo de mi ambición pagana,
y ofició en los altares de una fe ya en harapos,
el espanto imposible de mi carne proscrita.

Como en el día vago y en la sed fugitiva,
hoy sobre mis abismos se ha prendido una estrella,
y un árbol arde en frutos su desamparo antiguo
y hay una eternidad de luz sobre la sombra.

A la dulce inocencia de María Guadalupe

María Guadalupe, morena de sueños la tez,
quiero escribir un verso claro
que te hable en un són francés...

Porque de allá vino la alondra
que al viento dió su canción
y que al mes,
tenía ya los lindos ojos
dulces como una oración.

María Guadalupe, aprende a decir
en la mañana azul del día
la dulce voz de la alegría
y el claro cuento de añil...

Y un sueño que quiso el tiempo
de flores ceñir
y que pasó en el pensamiento
más suave que el suave acento
que va a vivir...

En francés, sí, en francés
quisiera decir,
María Guadalupe...

Para tí quiero escribir
un verso como una rosa
con la fragancia de abril.

O una azul canción lejana
que te despierte en la mañana
con claras risas de cristal...

Sea, pues, en tu ventana
mi verso, una campana
que te vaya a despertar.

■ Decires del silencio

La noche iluminó mi estancia con su esplendor obscuro...
Diluíase en las sombras un cántico tan puro
que el corazón a tientas avanzó temeroso.

Yo era un viejo Beduino lejano y angustioso,
un soñador perdido cuya gloria ignorada
danzaba en una loca y ardiente carcajada,
de cara hacia los siglos, a los siglos futuros,
llenos de grandes gérmenes y de nombres obscuros;
obscuros pero sabios en su silencio grave,
pulsando el gesto heroico del cantar de algún ave,
con los ojos poblados de emoción y locura,
sintiendo arder la llama de una vieja ternura.

¡Oh tiempos! ¡Oh noche profunda y melancólica
en la estepa sombría! Vieja y grave mayólica
que aviváis en el fondo de mis grandes tristezas
las nostalgias perdidas, y en mis pobres ternezas
ponéis la esencia grata para mi sed lejana...

Tal vez dentro de poco llegaré una mañana
perdido y suplicante. La melena a los vientos
dirá todo ese tedio que va en mis pensamientos;
y el viento susurrante llevará un alarido,
un alarido largo todo lleno de olvido...
y la vieja ventana se abrirá entristecida
por la gloria lejana...

El mar, el mar azul.
Sinfonía de amor
y en lo obscuro temblando una vela de tul
con un viejo dolor...
Los cocuyos ardiendo y la novia lejana
que acaso sollozando estará en su ventana.

¡Esta vieja tristeza! Soy un aventurero
con amor a lo grande. Soy un loco remero
del ideal, que en una edad lejana
escalará las cumbres al sol de la mañana.

¡Oh, qué inmensa tristeza!, y este largo alarido
que el corazón me deja pobre y alicaído.
Suspirar por la gloria, sollozar por la vida
cuando se llevan alas; y sentir que se aleja
cada vez esa meta, esa roca perdida
que el oleaje del tiempo va traduciendo en queja...

Esta noche la sombra,
esta noche el amor
es la voz que me nombra
con un viejo dolor.
Y la ola serena va cantando en la playa
como una hada madrina.

■ Visión de una calavera

A Toño López Espinal

Hay una calavera
en mi mesa de noche.
Las órbitas vacías
parece que interrogan
las sombras del misterio...
Quizá cuando los ojos,
grandes ágatas locas,
alentaron su hoguera,
vieron pasar recuerdos,
como por un rosario van
sueños de novicias,
e intranquilos y húmedos
se quedaron mirando
perderse en el camino
la sombra de un fantasma
borracho de ilusiones
y hambriento de caricias...

Quizá sus sueños locos
son ágatas dolientes
en la tarde tranquila...

La calavera calla
sobre la mesa sola
mientras reza el silencio.
Frente a la vieja puerta
carcomida y musgosa,
deshojando las rosas
de mis muertos cariños
y viendo acaso el libro
de los días pasados,
yo interrogo esas órbitas
vacías y tranquilas,
severas y enigmaticas,
mientras la noche pasa
poblada de misterios
bostezando una pena
que los siglos murientes
dejaron olvidada,
y poniendo en las cosas
secretas languideces
que aprisionan el alma...

¿Qué fué de la divina
boca rara y doliente
que reía y reía?
¿A dónde tintineando
fué la frase galante
que sus labios dijeron?
¿En qué vaso brillante
se posaron sus labios
indolentes e ideales?

Nada dice la noche
cuando pasa rezando,
solamente callada
se pierde en el vacío
de esas órbitas vagas...

¿Y de los grandes ojos,
solemnes y brillantes,
divinos o risueños,
tristes o sosegados,
dónde huyeron los sueños?

¿A qué región vacía
poblada de misterios
volaron sus perdidas
azules esperanzas?

Los secretos del alma
nada dicen sonriendo,
solamente llorando
se quedan silenciosos...

Recostado a la puerta
murmurando he pensado:
Esas cuencas vacías
y esa pálida frente
una mujer las tuvo...

Lo está diciendo el ansia
insaciada y muriente
que se perdió en su boca;
lo está diciendo el punto
donde fueron los labios
dos interrogaciones...;
aquellos que se arqueaban
sobre la roja encía
para cubrir los dientes,
tan blancos y sensuales
que al morder suspirando
decían a la vida
sus secretos azules,
profundos y fatales...

¡Oh cejas ya perdidas
que dormís en el fondo
de una caja olvidada!

¡Oh labios imposibles
sobre cuya dulzura
no se durmiera un beso!
Ojos vagos y huraños,
yo quisiera teneros
y daros a la vida
para emprender el viaje
que nunca conocisteis
en lo triste del mundo...
¡Ojos hondos y tristes,
yo quisiera teneros...!

■ La voz de las sombras

A Julio César Palacios

Dijo la noche: el ánfora del placer
está en el beso carne de una blanca mujer.

El alba que asomaba se quedó silenciosa
y con *la boca helada despetaló una rosa.*

En el jardín, la bella de las desolaciones
fué más triste que todas esas pobres canciones
del otoño angustioso...

El verde de las ramas y el viento en la arboleda
dijo cosas extrañas, y en la vieja alameda
la sombra de una muerta se alargó silenciosa...

Así tendí la mano y pude en la dichosa
hora en que las visiones son más vagas y locas,
revivir las caricias que me dieron las bocas.

Esta noche estoy solo. Oigo un leve ruido
y el corazón a tientas alarga su latido.

Un grillo chirriando se vuelve compañero
de mi mala fortuna... Oigo el canto primero
del giro de la casa y en la alcoba vecina
se muere la muchacha de la trenza divina...

¡Oh qué suave milagro resucita en mi vida!
Vuelvo al viejo camino por la senda florida...

La deseada ventura, la dicha que soñara
va *quedando en la senda... ya nada me* separa:
soy una calavera con órbitas vacías
y a la vida le tiendo mis dos manos de cera.

Esta noche estoy solo y en la alcoba vecina
se muere la muchacha de la trenza divina.

■ Nocturno del alba tranquila

A Paco Alemán

Silencio en los tejados. Ni una sombra aparece
en la calle tranquila. Acaso la luz blanca
borda sobre la calma del día que amanece,
un gran dolor amargo que una música arranca...

Alba pura, tranquila, de mis noches celestes.
Un retrato que me habla de mis viejos abuelos.
¡Oh tú, dormido espejo donde surge un Orestes
con delirios sublimes y con mágicos vuelos!

Yo no sé qué misterio, qué silencio lejano
surge de los balcones de esta noche lunar.
¿Es acaso el misterio de mi vida que es vano,
o es un sueño perdido o un oculto pesar?

¿Quién solloza en mi vida? ¿Quién se queja en mi abismo
con un ritmo tan hondo y con voz tan sutil?
Yo no sé quién se queja. Sólo sé que en mí mismo
hay divinas anémonas y un oculto buril...

Alba pura, tranquila, con tus cosas extranas,
con tus íntimos cuentos y tus vagas vejeces...
¿Qué misterio te dicen las sonrisas hurañas,
o te narran los vientos en innúmeras preces?

¿No has sentido el callado misterio de la vida,
alba pura, tranquila, de mi culto interior?
¿No *conoces mi esencia*? ¿Esa llama encendida
que se queja en mi barro, viejo amigo del sol?

¡Oh tú, mágico espejo!: muda esfinge transida
de mi cuarto herrumbroso: Yo no sé si mi vida
es un alba que pasa o es un alba que llora,
concreción de rugidos en un arpa sonora...

Yo no sé si en mi abismo, si en mi antro terrible
una norma persigo. Soy un extraño loco
que camino en las noches como un alba inasible
viendo estrellas lejanas semejantes a un foco.

Alba pura, tranquila, de mis renunciaciones,
de mis raros tumultos, de mis anunciaciones:
yo *quisiera teneros, reteneros cansada*
en mi red inhumana, en mi masa encantada...

Yo quisiera esgrimiros contra viejos pesares,
contra mis mudas penas y mis goces obscuros.
¡Quién pudiera teneros como en viejos cantares,
en corolas de rosas y en cálices más puros!

Alba pura, alba clara, es la vida que pasa
como un loco muchacho. ¡Pobre máscara infiel!
Yo soy mágico ensueño y cansancio que abraza
y camino que pasa en pos de un nuevo ser.

■ Canción ranchera de la soledad

Para Andrés Rodríguez

Grata muchacha —la selva—
se estremece de espasmos
y entreabre el abanico colosal de sus montes.
La palmera —ranchera amiga de los vientos—
echa a bailar sus piernas armoniosas de angustia...
Y en amplia desazón, deshilvanando astucias,
suelta al viento un penacho de blancas florescencias.

Callado el tiempo pasa...
Y afilando su ardiente sinsabor de horizontes,
se queda en las ventanas de las casucas tristes
que empotran su silencio
en la quietud de falda de la tarde...

Y deshacen su angustia postrimera
los grillos en cri cri de anochecida.

Calor de luces albas.
Blancor de manos pálidas
pone la fuente en sueños montecinos...

Y las criollas ardidas de fragancias
esconden su tristeza de alba nácar,
en un largo recodo del deseo.

Clamor de lumbre vieja que se apaga.
Vago estribillo que enhebrara el viento
se angustia en el temblor de la arboleda.
Y la siringa de cigarra ausente
deja un vacío de sonidos áridos,
en el temblor monótono,
de la intención profunda
de los recuerdos de las hojas secas.

Y se pasan las horas,
hilando en ruecas de clarividencias
largo bostezo de las soledades...

Y la selva,
—muchacha amiga de silencios—
devana en el ovillo de sus pólenes,
germen de razas nuevas...

Muchacha campesina.
Ranchera hermana de los vientos.
Rojo ensueño florido que te asomas
a mi ventana azul, loco de auroras...
Hay una voz profunda,
hay un sentido oculto,
misterioso y diverso,
en la piedra que sueña,
en el agua que pasa
y en la alegre guitarra de los montes.

■ Languidez

En el fondo del alma llevo oculto un anhelo.
Un ensueño sin rumbo, incapaz de llenar.
Se derrumba la cima... Va muriendo en mi duelo
la esperanza perdida que me lanzó a rodar.

Vano ensueño sin rumbo. Languidez del momento
que al entusiasmo lleva lejana sensación...
Mi corazón perdido. Perdido el pensamiento
y en el alma la dicha de una vaga oración.

Han pasado las horas. De pie junto al sendero
esperé con los ojos repletos de emoción.
No llegó la caricia, ni llegó el pordiosero,
ni llegó la esperada con su dulce canción.

Mis jardines de ensueño fueron todos de luna,
de ambición y silencio, de inquietud y de amor.
Pero no llegó nadie. Ni siquiera la bruna
cabellera soñada que llevara el azor.

Han pasado las horas. Y el minuto florido
a través de la lumbre verde-obscura del mar,
va quedando en la senda, va quedando perdido
y me aumenta en el alma esta sed de cantar.

Languidez de la vida. Languidez del momento.
Languidez de la carne cansada de esperar...
Voy dejando en la senda perdido el pensamiento
y en la vida una dicha que no acierta a llegar.

■ Sinfonía gris

Sinfoniza el vago crepúsculo lila,
la ansiedad divina del atardecer...
y en la senda verde, fugaz y tranquila,
se adormece el alma del viejo querer.

Eterniza el vago son plácido y viejo
del río en la selva solemne y claustral;
y el amable coro con perdido dejo,
da las voces de oro de la vecindad.

El hada crepúsculo modula sus cantos
en la adolescencia perdida de ayer,
mientras oro y rosa dejan los encantos
del pasado enero que no pudo ser.

En giros amables suaviza su trenza
Cintia la divina de pupila azul...
y la abuela canta así que no piensa,
la perdida estrofa del muerto bulbul.

¡Oh pasado grato del hada armonía
en el giro alado que se envaneció!
Mañanas azules sabor de ambrosía
que el alma pagana muy pronto olvidó.

Caricias amables del cuento perdido
de Aladino pobre, Barba Azul bribón.
Romance engañado del amor dormido
que dejó la novia junto a su balcón.

Jardín que en la fuga del verso soñado
brindó su perfume suave y estelar:
cómo en el silencio del sueño encantado,
vienes a mi puerta conmigo a soñar.

Y estela divina, estela imposible
que el barco en la noche dejara al pasar.
Silencio piadoso de la ola movible,
cómo en esta tarde me haces delirar.

El alma en la brisa dejó la caricia
perdida, imposible que no ha de tornar.
Acordeón del barrio que hizo mi delicia
cuando yo era niño de honda y cantar...

Y hoy adolescente, anfión de la vida,
modulo mi canto, mi estrofa mejor,
y suspiro acaso por la presentida
que en la playa sola violó el cazador.

Crepúsculo lila: tu cisne se ha muerto.
Y al suave crepúsculo: se murió el amor.
En las ondas grises del lago desierto
no cantan sirenas: murieron de ardor.

Mas hoy, alegría reposa en la fiesta
y el hada tristeza rodó del balcón.
¡Oh cisne perdido, qué poco te cuesta
contener el llanto dentro el corazón!

■ Lo triste es así
Peter Altemberg

A la memoria de Margarita Ortega

Sensitiva, la hija del poeta que enloqueció de auroras.
Sensitiva, la perdida hilandera de un ensueño de amor.
Se mustió con la angustia de las corolas pálidas,
con la angustia infinita de su hermana mayor.

Sensitiva, la triste de marina tristeza,
con el alba en las manos, siempre ardiente de fe...
Suave como el crepúsculo que aureoló su cabeza,
doliente y perfumada como una rosa thé.

Se fugó y en la nave de rimas coronada
un príncipe poeta fué el responso mejor.
Y alegría, la dicha, iba toda encantada
y la espuma era un canto de armonía y de amor.

Señor, porque era bella, Señor, porque era buena,
arómala de rosas, perfúmala de amor...
Señor, era en la vida una canción serena
y en los rosales era la fragancia mejor.

Porque quiso la vida. Porque la amó en la dicha
y en el pesar fué honda, resignada y doliente;
porque se fué en los brazos de la divina muerte
con la suave cadencia que armoniza la fuente...

Que en su sepulcro diga la vida su alegría
y armonía su risa, su caricia de fe...
Era la luminosa transparencia del día,
doliente y perfumada como una rosa thé.

Que amor si acaso pasa, no module sus cantos.
Que piedad, si se acerca, rosas deje al pasar.
Que primavera enflore de pasión sus encantos
y la angustia del viento lirios deje al rodar.

Porque era toda ensueño, toda amor y poesía...
Porque era toda lumbre y ansiedad y cantar,
Señor, pon en sus manos la infinita alegría
y en sus ojos profundos deja al sueño soñar.

■ Canción Fugaz

Yo sé de los crepúsculos bañados de perfume
y sé de las mañanas abiertas en botón.
De manos diminutas que un ensueño resumen
y de rojizos labios besando un corazón.

Sé de las noches blancas fulgurantes de luna,
envueltas en la seda de un plenilunio azul;
y de los romancescos decires de la bruna
cabellera romántica que soñara un bulbul.

Sé de todo lo mío: de lo que fuí y he sido,
de lo que vive pleno de ideal resignación,
de los que aman la vida y un ensueño fallido,
de las novias que fueron nada más que emoción.

Y de las tardes blancas también sé de su encanto:
en los jardines bíblicos a ser todo aprendí...
A transformarme en perla, a resurgir en manto
y *a idealizar mujeres que nunca conocí.*

Ya todo lo he vivido: los soles, los espacios.
Los astros fulgurantes que apenas puedo creer;
las manos perfumadas que engastaban topacios
y besos imposibles que ya no han de volver.

Ahora, andando el tiempo, soy un loco viajero,
que amo las noches blancas rociadas de fulgor;
los llanos perfumados, el cuento aventurero
y la historia romántica de lágrima y amor.

Ya quiero ser el nauta de un océano inmenso,
el monarca del bosque en remota región...
En ser siempre viajero, en eso sólo pienso
y en llevar una historia dentro del corazón.

Para que en las mañanas de zafir y de oro,
cuando entonen mis cítaras la gloria de vivir,
den terribles rugidos mis trompetas en coro
y salgan mis corceles su tamaño a lucir.

Porque ya todo sé, puedo ser, ya habré sido,
y mi gloria deviene de la selva y del mar.
Yo en mi verso compendio todo humano latido,
los sueños del torrente, las noches del palmar.

Las tardes de amatista serán mi solo ensueño.
Las noches blancas, blancas, mi secreto ritual...
Las manos que no pude besar pero ni en sueño
y los ideales ojos que echáronme a rodar.

■ Humo

Celeste compañero. Hermano de mis horas bohemias.
Tú entretienes la farsa de la vida
con tu lejana fuga,
y te das en el sorbo luminoso de tu esencia divina.
Pálido hermano. Hermano gris. Tú sabes
el secreto milagro que se opera en mí mismo:
Te das como la fuente y como la mujer
eres extraña musa de dolor y placer...
Tú, amigo bohemio de los sueños divinos,
de las frías mañanas y las noches sin luz,
llevas en espirales la inquietud de la cita,
las perdidas historias, los secretos profundos,
y te llevas el viejo pensamiento
que se quedó enredado sin poderlo decir.
Hermano de las rosas, de las purpúreas rosas
que se fueron muriendo en noches de placer.
Hermano de las manos que temblaron sumisas
al calor impreciso de un beso de mujer...

Tú sabes del secreto que se alejó llorando
por la triste alameda para jamás volver,
y sabes de las muertas caricias olvidadas...
emociones perdidas que apacentó mi sér.

Amigo, ¡oh amigo triste!
que llevas una emoción
y que te alejas temblando
muy dentro del corazón,
con las fibras de tu risa
te das como la ilusión
y hechizas cuando me hechiza
de amores la sinrazón.
Tú sabes qué sintetiza
la vida en una oración
y electrizas si electriza
el alma de tu canción...
Tu historia es la vieja historia
sin revés y sin desdén...
era una niña ilusoria
que en la noche dijo amén
y que te escondió en su boca
con una lascivia loca
de amargura en el andén.

Perdido en la quietud del diván me divierto
con un copo de humo. Y apaciento mis sueños
en el sonambulismo de los mares remotos.
Humo azul que te pierdes. Viejo amigo bohemio
de las celestes rosas y del celeste amor...
como tú, algún día, tripularé la proa
de un velero sin nombre para jamás volver.

síntesis luminosa

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

■ Afán

A Urbano Quesada

Busco una palabra milagrosa y ligera,
honda, azul, sensitiva, clara y emocional...
Una loca palabra que siendo mensajera
encierre de la fuente la intención musical.

Quiero una palabra matinal y hechicera,
que armonice en su inquieta sensación orquestal,
la cántiga soñada de la dulce hilandera,
la caricia del viento y el rugido del mar.

Busco una voz profunda, luminosa y certera,
con ingenuas ternuras y armonías de mal...
Una loca palabra con fe de pordiosera.

Y buscándola siempre he de estar en la espera,
ahondando el silencio con mis manos de cera,
aunque la vida dura no me la quiera dar.

■ Pecado

A Constantino S. Ramos

Ardió en la llama azul de mi pasado
la visión fugitiva del presente,
y me senté a pensar junto a la fuente
una inmensa canción que no he soñado.

Así como la luz en la corriente
finge un cristal de paz iluminado,
apacenté mi afán inútilmente
y empavecé de rosas el pecado.

Hoy busco una emoción calladamente
y una música azul que intensa y honda
diga la oculta voz que hay en la fuente...

Porque falta a mi afán que se acongoja,
la ambición infantil que va en la onda
y mi anhelo floreal ya se deshoja.

■ Lámpara fiel

A Matías Funes

Rojo tizón de sueño que me incitas.
Brasa que ardes de amor siempre encendida,
y que no obstante el tiempo, resucitas
en plenitud de gracia estremecida.

En tí la gloria empurpuró la vida
y el sarcasmo pueril rindió sus cuitas.
Y así, de voz meliflua en lámpara votiva,
soñaste muchas páginas escritas.

Hoy vuelcas, intranquilo y taciturno,
loco en la desazón de tu pavura,
tu ánfora insomne de impudor nocturno...

Y apagas al fulgor de tus luceros,
la fervorosa llama que fué en tus pebeteros,
la voz de tu poesía incomparable y pura.

■ Amanecida

Un gallo, compañero del amor y la muerte,
preludia su sonata de amor amanecido...
Y un buey medio dormido, anciano y poco fuerte,
dice adiós a la vida con un triste mugido.

La hornilla de la hacienda da calor al latido
del corazón que joven olvidó la alegría.
Y la dulce muchacha del delantal florido,
me da toda la vida de su melancolía...

¡Oh clara amanecida del patio y los jardines!
¡Oh el misterio del día que me da en sus festines
la comprensión más sabia de mi vida irreal!

Pasa el alba soñada y en el corral antiguo,
la vaca que yo ordeño me da su gesto ambiguo,
en un claro mugido doloroso y fatal.

La emoción perdida

Iba sobre las sombras tu blancura importuna,
como un gesto de esfinge a la paz descubierta,
y atisbando tus ojos más allá de la luna
se animaban con una placidez casi incierta.

Tu cabeza fulgía de esmeraldas cubierta:
los ojazos insomnes de ambición importuna.
Parecías la sombra de la sombra ya muerta
que una noche de amores me brindó la fortuna.

Te acercaste y ya triste diste el último canto.
Fué tu voz más divina, más sentido tu llanto
y más honda la gracia de tu albor sobrehumano.

Palidecí y el fuego del corazón cansado,
creyéndote la novia de algún tiempo pasado,
se acercó tiritando con ternura de hermano.

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

■ Porvenir

Corazón, ya tu vela se ha plegado a la vida.
Corazón, sólo un mástil la tormenta dejó...
Si de nuevo te asalta la ternura perdida,
corazón, es la rosa del jardín que murió.

Si alegría te llega, corazón, armonía, armonía.
Ve la cima más alta: ya tu cisne cantó.
La ascensión a la cumbre es la santa alegría
y el ritmo va a la sombra mientras lo llevo yo.

Pero aguarda que el viento su canción lleva airada,
y la ola perdida va a la playa soleada,
y el ensueño es el alba de la vida mejor.

Corazón, alegría que el invierno se ha ido
con el ánfora loca que colmaba el olvido,
y la presa más bella la dejó el cazador.

■ Despertar

Traigo el ansia de azul de los ramajes
en la canción fugaz de la corriente
y un loco despertar, claro y riente
de amaneceres puesto en los paisajes.

Una armonía inmensa de cordajes
fuga en mi ayer. Y fuga en mi presente
el penacho feliz de los boscajes
y la melena astral de la vertiente...

Loco anhelo de ser ritmo del monte.
Pedazo del azul del horizonte
ebrio en la bruma de la lejanía.

Y así como en la estela de los viajes,
aprisionar el son de los oleajes
en la concentración de la armonía.

■ Azul

Sólo por el milagro que suscitan las rosas
violaré la caricia de tus manos de nieve,
y hablaré en el lenguaje de las piedras preciosas,
al secreto perdido que a tu paso se mueve.

Contaré el nacimiento de las cosas piadosas
y daré la ternura que tu voz no conmueve...
Eran tres las tristezas frías y luminosas
y era blanca la copa que brindara la Hebe.

Y seguiré contando del imperio divino,
la emoción que se esconde y el fulgor sibilino
que en la noche la gloria de tus ojos devana.

Era blanca la niña de pupilas azules,
que hilvanaba en la alegre placidez de sus tules,
una espera angustiosa con paciencia de anciana.

■ Brindis

Brindemos por la vida
en la copa fragante de la alegría juvenil,
y hablemos en el sacro lenguaje del panida
enflorando la lira con las rosas de abril.

Que las felices rosas den su celeste esencia
y los lises el blanco vino de su existir;
que ánfora llena diga el salmo de la ciencia
y la boca más roja nos enseñe a reír...

Porque el cáliz rebosa con la hiel de los años
y en la diaria fatiga se hace triste el vivir,
brindemos por la vida que nos da desengaños...

Y a reír lunatismos en la estrella distante,
áureas rosas divinas, blancas rosas fragantes,
con los jóvenes locos que van al porvenir.

■ Ensoñación aldeana

Bajo la calma gris de la tarde intranquila,
con cautela de gato se agazapa la aldea...
Pareciera que urdiendo mansedumbres, husmea
la canción de las sierras que armoniza la esquila.

Roza el viento los flecos de la paja dormida.
En un vago reposo la sabana se aquieta.
Y el paisaje es a modo de intención presentida
abrumado en la angustia de una risa secreta.

Sofocante de astucias duerme el gato en la hornilla.
La muchacha a la lumbre del fogón se arrepiente
y un anciano fumando su pipa, se arrodilla...

Cesa el grave silencio. Y una voz apagada,
evocando el recuerdo triunfador del ausente,
poemiza de gracia la campiña soñada.

■ Amor de los cristales

Viejas cristalerías que guardáis el secreto
de los rostros perdidos. Cristales cenicientos
que en la entraña callada de vuestros pensamientos
aviváis la *ternura de dos ojos queridos.*

En vosotros la noche se hace esencia sagrada
y a descifrar misterios de la vida os enseña...
Los fantasmas se posan con la cara embrujada
dialogando en la ojiva de la noche que sueña.

Viejos cristales fríos: en vuestro amor se anida
el dolor de las madres y la gracia perdida
de las mujeres ávidas, solas y abandonadas.

Por vuestras desnudeces impasibles y puras,
pasan las leves sombras de mendigas obscuras
y de los caminantes de las glorias calladas.

■ Deleite

A Oscar A. Flores

Quiero escanciar el alma de la vida
y estremecer de ardor entre sus brazos;
y en un ansia de amor incontenida,
beberme el tinto vino de sus vasos.

Vibra en mi sér la rama frutecida.
El fulgor de mi estrella está en sus lazos;
y su profunda sombra adormecida,
despierta en mi canción hecha pedazos.

Quiero escanciar el alma de la vida
y hacer mía su música encendida,
su goce altivo, su deleite ingente...

Y ahondando en su forma sobrehumana,
saciar en su pezón mi sed ardiente,
mi hosca fatiga de intención profana.

■ Ave hermana

Tú pasas y en la senda hay un verdor de trigos.
Yo paso y en la vida hay un atardecer.
Pensar, soñar, cantar y sin testigos
amar, y en la ternura, arder, arder...

Tú en la senda florida y vespertina,
matinal emoción de juventud.
Yo en el ensueño del reposo blando
con mi vaga canción de solitud.

Ave Hermana en la noche y en el día:
en la hora estelar y en la sombría
vaga inquietud del día que vendrá.

Tú en la gloria que pasa, ¡oh, alegría!
y en la festividad de mi poesía
o en el orto del sueño que se va.

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH



■ La abuela

Atormentada y sola vive la vieja abuela
que en los lejanos tiempos me colmo de cariño.
Ya su noble cabeza es una blanca estela
por donde se deslizan mis recuerdos de niño.

Van cayendo las sombras sobre el blanco corpiño
que en los tibios salones fué motivo de esquela;
y sus virgíneas manos que eran todas armiño,
van diciendo la fuga de una blanca novela...

Recuerdos. ..y las músicas flordelísanse aladas.
Amores... y los tuvo? Son tristes las nevadas
caricias de sus sueños sobre las cosas muertas.

Erase una muchacha de nobleza lejana,
contaré, cuando al viento la sonora campana,
dé la triste noticia por las calles desiertas.

■ Selva

Estoy en tí y estás en mí, ¡oh selva!,
en tu seno nació mi fantasía
y en tus troncos grabé: ya nunca vuelva
a implorar la piedad mi altanería.

En tus cóncavas fauces, mi embeleso
serenidad cobró. Fuí viajero
por sobre tus penachos y estoy preso
en tu cárcel de rocas y de acero.

Mi juventud vibró toda en tu seno.
Me diste ansia de cantar, y canto
y a veces hago sol o hago veneno.

Vuelo sobre las cumbres de tus montes.
Si el vendaval me abate, me levanto,
y me embriago de azul y de horizontes.

■ Fugaz

De noche, cuando duerme la ciudad colonial,
hay un cantar monótono de agua fuerte fatal;
y aprisionan los ojos la caricia encendida
que hizo vibrar de amores locamente la vida.

Se alargan las pisadas en la calle desierta
y el *corazón, tic tac, deja abierta su puerta;*
y en el quieto silencio de la noche enlutada,
suena el hondo alarido del tiempo y de la nada.

Vago ritmo que fuga su celeste armonía...
Calza regia sandalia Sor divina poesía
y enflora mis estrofas con la rima más pura.

Paso señor noctívago al embrujo galante.
Es la hora en que el germen de la tierra fragante,
llena la copa gracia de un dulce vino obscuro.

Milián

Este viejo Milián me habla de raras cosas:
de puertos entrevistos y bahías lejanas.
Se diría que el tiempo deshojando sus rosas
le embriagara de viajes y ritmos de campanas.

¡Oh qué obscuras tristezas salen por las ventanas
de sus remotos sueños! Canta y en sus piadosas
canciones se adivinan las ternuras de hermanas
conventuales, añejas, tristes y pudorosas...

Viejo loco del barrio, pobre hampón de la vida
que pasas por la calle con el alma encedida
de sueños y alegrías que cubrió la nevada.

Canta Panchita Pérez. Ríe siempre que quieras,
porque tal vez mañana tendrán las primaveras
para tí la caricia de una mano enlutada.

■ Gris de otoño

Tras la fuga del sueño van cayendo las hojas
como las cosas viejas sin vida y sin amor.
La carcoma del tiempo que no tiene congojas
va cantando en la risa que se muere en la flor.

Y en el alma que llora, ¡cuánta sed de ternura!
¡Cuánta loca alegría de añorar y querer!
Sobre las rosas muertas del recuerdo borroso,
no ha pasado más sombra que la de una mujer.

Esta arruga del tiempo que no tiene sentido,
va dejando en otoño tras su cruel alarido,
pobres hojas caídas de la muerta ilusión.

Ya las sombras se quejan y las luces se apagan.
Las esperanzas muertas cual libélulas vagan,
en la inquieta ternura que perdió el corazón.

■ Noche

Bruja del tiempo que haces en mi vida
algo del mal y algo del bien que hilo.
Esencia milagrosa que encendida
a mi ventana llegas con sigilo.

Apacentando ensueños y aterida,
¡oh numen!, tienes sed de bienhechor asilo;
mi alegría solar, ternura ardida,
a tí tiende sus manos con estilo...

Sabia para el refugio y para el canto:
vago bajo tu sombra y a tu espanto
sereno soy si mi virtud lo quiere.

Si en el martirologio de la vida
voy bajo el sol con mi locura ardida,
te espero porque en tí nada se muere.

■ Ella

Ella es así, divina y perfumada
como un ramo de rosas florecido;
su voz es una música soñada
y su cabello es oro diluido.

Su boca rosa en la alegría amada,
evoca el beso de un amor perdido;
y sus ojos, la noche constelada,
oculta tras el velo del olvido...

Ella es así, de blancas manos finas,
tibias en la emoción y tentadoras
en un ansia de vagas muselinas...

Y en el hondo misterio de su encanto,
pasa, por el rosario de su llanto,
el alma de las tardes montecinas.

■ Tu risa

Es como la gardenia perfumada
tu risa, en la fatiga de mi vida;
y como una canción afortunada
que de ardor estuviese estremecida.

Loca y sutil, divina y florecida
como rayo de luna en la enramada...
Roja rosa de amor enardecida
a la primer caricia apasionada.

Tu risa es como la sonrosada
aurora, por la gracia enternecida.
Como quieto remanso de agua clara.

Y en la fuga de luz acongojada,
es como la alegría de mi vida
que la vieja tristeza abandonara.

■ Amor de gitana

Española: te amo por tu real hermosura.
Española: te amo porque sabes querer.
Antes de conocerte ignoré la dulzura
y hasta que fuí tu dueño quise a una mujer.

Española: tu boca, copa es de agua pura.
Española: tus ojos, pozos son de soñar...
Por eso si te beso tu boca no murmura,
en cambio, me mitiga la sed de algún pesar.

Desde que te amo siento una pasión extraña.
Y ya mi sed no es de esa sensación de montaña,
de llanos y de cumbres y de peregrinar.

Solamente quisiera suspirar en tu seno
y dormirme soñando como un niño sereno,
al influjo divino de tu dulce mirar.

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

alba cordial

■ Mi verso--bandolero marino--ancla en un puerto

Marinero de un mar sin olas..., anclo en el puerto
divino de tus ojos. Antes, si bien soñaba que estaba muerto,
nunca llegué a los puertos donde no se retorna.
Bien, por gustar el fino diapasón de las olas,
en el desborde lírico de la espuma soñada,
voy como un hondero que derribara estrellas
y las dejase ardiendo con sed de soledades...

Bien por la bruma loca. Bien por la estela báquica
que dejara mi barco... Nunca pude cantar.
Y ahora, soñando con un viaje directo,
suelto amarras de noche y me pongo a esperar.

Ha de venir,
ha de soñar
como la espuma de la mar,
me ha de esperar...

Hondero: con la piedra del ritmo, abre la puerta
de este rojo breviario de amor y de emoción.
Y así como quien llega a su casa, déjala abierta
para que entren los locos como Francois Villón.

Que del humano quede la sangre. Esa púrpura olímpica:
poema en rojo donde el trino dialoga con el verso que encanta.
Que el bandido deje el puñal florentino,
o el brillo de su arista con el fulgor que espanta...
Y así, como en un gesto de porte damasquino
quede vibrando el alma de algún verso divino
con el alma del hombre del perfil aquilino...

Puedes entrar, poeta, si tienes el penacho salvaje
de las ideas. Oficia aquí tu misa como en el coloniaje,
y como en el presente, no rindas vasallaje,
si no es en la armonía de tu verso de viaje,
o en el tricorne grito de pasión del oleaje...

Hondero: con la piedra del ritmo abre la puerta
de este raro breviario de amor y de emoción...
Y así, como quien llega a su casa..., déjala abierta
para que entren los locos como Francois Villón.

■ Palabra

Jugando en las cartas del tiempo
mi suerte de milenios amargada,
he pensado en tu nombre, sorprendido
del raro encanto de tus ojos húmedos.
Y otra vez, y otra vez... Oro de sol
prendido en tus cabellos,
ha desgranado el trigo de tus labios
en el granero ardido de recuerdos.

Surco sin nombre... mi pasado...
abandonado al roce de la suerte,
no tuvo nunca, más que viejas lágrimas
y sonrisas amargas.
Y cuando sorprendido el tiempo huyó
como un rapaz profano
de mi niñez de sueños aterida,
solo, sobre la cresta de la sierra,
no tuve más que rocas y penachos de monte
y un hermano sin nombre... el viento... el viento,
agitando los troncos centenarios.

Y para qué decirte mis silencios.
Y para qué decirte mi soledad
si tú sabes que he sido siempre solo...
Que me he pasado el tiempo
hilando en ruecas de desesperanzas
con hilo de los astros...
que la veleta de mi ilusión
ha sido siempre vana...
como un soplo que fuese más allá de los hombres,
más allá de la vida, más allá de la muerte.
Como un soplo que fuese ardido de relámpagos
en medio de los tumbos sin nombre de la suerte.

He sido siempre niño a pesar de mis años.
Por eso me entretengo jugando con caprichos.
Y una pelota azul que me dió el monte
me hace jugar foot ball hacia los sueños.

Ahora, en viaje sin retorno
hasta tu puerto he ido.
Y allí me quedo, Compañera de sueños y de trigos...
para jugar entre las velas blancas
que me despliegue el mar de tu tristeza;
para vivir junto al vaivén de sueños
que me depare el aura de tu risa.
Allí me quedo ahora, Compañera...
para jugar con la pelota azul que me dió el monte,
abrazado a tu talle perfumado de lirios,
tibio, bajo tus castos senos de paloma.

■ Quiero

Quiero besarte, Amada... Quiero besarte...
Quiero estar en tu boca como un ansia divina...
y así aprender la ciencia de la vida
en el beso de carne de tus labios.

Quiero besarte, Amada.

Y he de encender en tu boca
mi sed de siglos
que arrebató la llama de la suerte...
Quiero besar tus muslos y tus mejillas grana.
Tu boca donde anida
una resurrección de gracias nuevas...

Quiero besarte, Amada...

Quiero besar tus manos
finas como un arrullo.
Quiero besar tus manos
de blancuras de lirio
donde la tibia sed de tus caricias
es una encarnación de paraísos...

Quiero besarte, Amada...

Quiero besarte,
con toda el alma ardida de mi suerte.
Quiero besar tus senos
perfumados y tibios...
Ros lácteos de sangre
donde palpita un alma...
donde un ritmo de vida
se estanca y enmudece.

Quiero besarte toda.
Quiero abrazarte toda.
Toda quiero besarte...
y sentir que una vida
tuya y mía, florece.

Habla el rubio champán de tus cabellos

Para dormirme en la sortija melancólica de tu mano,
quiero el rubio champán de tus cabellos
y el tinto acariciante de tus labios...
Quiero tu mano blanca que perfuma como el rocío matinal
o como la arboleda florecida del patio aurilunar...

Tu mano melancólica y soñada
que tiende en la ebriedad de su tristeza
su caricia de ardores frutecida...

Quiero tus ojos. Tus ojos de ebriedad americana.
Tus ojos —estanques de luceros—
prendidos bajo el arco de tus cejas,
como un vellón ardido de luciérnagas
en el arco de humus de las sierras.
Para dormir mi sueño de milenios
en el remanso azul de tu tristeza,
quiero tu boca. Tu boca deliciosa,
primorosa, graciosa y rumorosa.

Tu boca de sortilegas vehemencias
que se da a mi caricia alborozada
como la fruta al pálido viajero
o la rosa a la mano que perfuma...
Quiero tu "boca guinda".
Tu boca roja y linda
que se duerme en el hueco de mis manos
como una gota de agua
en un campo de tierra ensombrecida...

Quiero tus senos tibios...
Tus senos —promesas estelares—
que aduermen sus fragancias juveniles
en el olvido suave de mis manos
a la caricia ardida de mis sueños...

Quiero tus senos...
tus rubios senos tropicales
que sollozan al ritmo de tu paso
como un alma ritmando sola al viento...

¡Oh, si llegara a verte entre mis brazos!
Si el vino de tu boca fuera mío.
Si tus manos se dieran a mi sueño
como en sus sueños me acarician suaves...
¡Oh, cómo se volvería mi tristeza!,
mi tristeza de siglos abatida...
Se tornaría mansa mi alegría,
y mi alborozo ardiente
dormiría en tu boca su alegría...

Quiero dormir mi sueño de inquietudes
ebrio del vino de tu boca rosa,
soñando bajo el arco de tus cejas,
sintiendo el beso en fuego de tus labios
y el frescor de tus manos compasivas.

■ Mi verso ancla en la mañana de tu risa

Piélago sin rumbo —tu recuerdo—
tiene el crisoberilo de las aguas
que una aurora sin nombre baña de luz.

Hacia la isla azul de tus caricias
voy como Abd-El-Khader...
y me embriago a la sombra de tus ojos
con el ajenjo de tus dos ojeras,
para vivir mi borrachera ardiente
en el regazo tibio de tus brazos...

Nauta sin nombre...
perdí el rumbo en la clámide de brumas...
y enfilando la proa de mi velero nórdico
fuí a tu país de amor.
Me diste el ansia de tus besos;
el calor de tu cuerpo sin mancilla;
el rosa de tus manos de Duquesa,
tibias como un arrullo de palomas...

Fuí, nómade de una raza taciturna,
hacia la orquídea de tu boca roja
que prende en el milagro de mis penas,
calor de un pebetero sin recuerdos
y amor de una intención desconocida...

Feliz, cual si volviera de una isla lejana,
traigo el alma ebria
del vino de tus besos,
del frescor de tu talle,
del alma de tu alma,
del blancor de tu carne...

Y quiero para ser más venturoso,
reposar a la sombra de tu ensueño
mi fatiga de siglos abatida...
Y al hondo sortilegio de tus cejas,
soñar con la caricia de tus senos,
bajo la sombra azul de tus ojeras.

■ Canción de la risa dolorosa

Abrí el ojo inquiridor en la inmensa noche triste
y en el límite sereno de las olas
encontré la sombra blanca y palpitante...
Se dijera que en la verde agua marina
silenciosamente hablaban los luceros
su lenguaje sibilino...
Y en la hora dolorosa,
deslumbrante, aparecía
la sonrisa cautelosa de la Esfinge
con su gesto de misterio.
Entreabrí el ojo doliente y silencioso
en el vértice sereno de las ondas:
Una cara indiferente
con sonrisa desdeñosa
palpitaba...
Y seguí bajo la noche cautelosa;
era Esfinge solitaria,

rpa sola y desolada·
sol brillante que ocultaba
en la pura alba tranquila
su fulgor de lumbres ávidas...
En las sombras susurraba la cántiga
por la boca de la E finge, muchas cosas...
Sua es cosas que llevaban en el alma
su dolores angustiados;
mudas cosa que han salido
por el labio carcomido y silencioso
a la clara luz del alba solitaria,
bajo el mágico conjuro de los cielos,
en la angustia evanescente de la hora...
Y la Esfinge solitaria
a la orilla del mar triste,
su urraba su dolor hecho de lágrimas...
Otra vez cándidamente,
la ola sola
dijo el credo sin palabras
en la playa silenciosa y desolada.
El mar triste, solo y múltiple
sepultaba en us cavernas
el dolor de las vencidas esperanzas...
Y en el alma inmensa y sola,
triste y muda de la Esfinge,
se agolpaba el desencanto
de unos ojos ya vencidos por el tedio,
de unas manos empapadas de caricias:
Lirios mágicos y puros,
cristalinas emociones enlunadas
en rocío de tristeza...

El mar solo y palpitante,
mudo y grave, sollozaba
el dolor de los rendidos;
y en la playa, inmensa y sola,
con sus viejos desengaños y sus penas,
la sonrisa de la Esfinge

era un milagro
que ponía luces blancas en las sombras...
El dolor de los vencidos,
el inmenso desengaño,
la alegría que se viste de luceros,
susurraba la sonrisa de la Esfinge;
de la Esfinge hecha de carne,
de emociones y divinas esperanzas,
de sonrisas y de besos...
Y en la playa inmensa y sola,
la caricia de las olas se entreabría
como copa hecha de mieles,
contenido de dolores y embriagueces...

Una piedra hecha de carne suspiraba
la feliz algarabía de la vida ..
Y en la danza loca y mágica,
en la danza de las sombras espectrales,
pareciera que viviese y palpitara.
Esa piedra tiene un alma
que se dice sensitiva fría y cándida...
Pasa el viento roza quedo
sus dos labios mpapados de rocío.
Y, la Esfinge, ha quedado silenciosa
viendo el curso de las sombras que se acaban;
contemplando la frialdad de las caricias
que se mueren en la playa,
desoladas..
Y la Piedra, fría y múltiple,
con la vida iluminada por el goce,
se ha quedado muda y sola,
viendo arder las esperanzas,
presintiendo que se acerca la enlutada.
Y la Esfinge indiferente,
contemplando la frialdad de la Contraria,
ha empezado un goce extraño,
una huraña sensación de desencantos...
Las dos hablan muchas cosas;

cosas raras y divinas,
áureas cosas olvidadas
que parecen una inmensa eucaristía
en la gloria de dos grandes corazones...
Y la plática comienza,
se eterniza.
Esa plática solemne que no sabe
la distancia que se extiende entre dos almas;
se hace huraña,
se hace grave
y a través de los cristales de las ondas
se entrecruzan dos miradas
y se apagan...

En la playa desolada hay dos almas que se entienden,
pero saben que hay distancias impalpables;
infinitas cosas que arden y se apagan...
Los luceros dicen cosas que no saben,
sin embargo los comprenden.
En la playa huraña y grávida
la frialdad de la Contraria es un enigma:
Tiene cosas intocadas,
cofrecitos de recuerdos,
voces suaves
que parecen ser la esencia de una vida
que se extingue huraña y sola...
Y la Esfinge, viendo arder las esperanzas,
presintiendo que hay distancias impalpables,
se ha quedado muda y sola
viendo el gesto desdeñoso de la Piedra,
contemplando su *frialdad iluminada*
que la salva de la vida miserable...
Las dos miden su imposible,
son inmóviles,
tienen alma y se comprenden,
saben cosas ignoradas;
pero entre esas dos visiones fantasmales,
en el límite sereno de las ondas,

la sonrisa de la Piedra es un enigma;
en sus ojos hay dos lágrimas que aman;
pero en medio de esas dos Clarividencias
se adelanta el imposible
que no habla...
Y la Esfinge helada y grávida
se ha quedado silenciosa,
viendo arder las esperanzas,
presintiendo que se apagan los luceros
y que lloran las estrellas enlutadas.

ENVIO

La sonrisa es el misterio que emociona
y que eleva a las esferas ignoradas.

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

cimas de excelsitud

■ Nocturno de la montaña

A José María Albir.

Era el alba fría y triste
en la alegre juventud de las visiones...
Era el alba pura y clara, vaga y muda.
Sobre el dorso palpitante de los montes,
como un signo,
como un cantico
largo y hondo,
se entreabría la montaña luminosa y contorneada.
Sobre el alba, la nostalgia de los cielos
infinitos, claros, puros...
Sobre el alma, un puñado de cenizas
desconsoladoramente trágicas.

Y la errante caravana,
compañera de los cisnes
mudos y albos,
galopaba.

Y *era un canto sosegado*
sobre el dombo de los cielos
que entreabrían la caricia luminosa
de los pálidos luceros.

Risa vaga, risa triste
en la juventud del alma,
perfumaba los arcanos del misterio;
y en la atmósfera callada,
con su manto tembloroso de neblinas,
se entreabría la montaña,
la montaña de las dudas
y las dulces y felices esperanzas.

Los caminos polvorientos
como vagas espirales
que dejara sobre el alma la aridez de la perdida
vida errante..., como cuerdas destempladas
sobre el dorso de la sierra, se animaban.
Y venían las visiones
y se iban, galopando...
como un coro prolongado de canciones
sobre un alma desolada:
como un cansancio ajeno
a la múltiple caricia trepidante de la vida.

Las neblinas silenciosas,
amorosamente pálidas
desceñían el contorno de la virgen;
y volvían y abrazábanla...
Y a medida que el ensueño era más hondo,
más humano, más benigno, más deforme,
desceñían el contorno de su talle;
y la virgen muda, pálida,
constelada por el verde de los árboles,
entreabríase a la vida
como un signo acariciante...

¡Oh los pinos! ¡Oh los pinos multicordes!
sobre el dorso de la sierra,
palpitantes y tranquilos,
sin ensueños y sin alas,
coronados de neblinas
se mecían
agitados por el viento.

Y venía una canción
al corazón,
con un ritmo grave, lento, prolongado,
cual si fuese el alarido largo y triste
que dejara el desencanto de la vida
sobre el lomo de las viejas soledades...

Era el vago son del viento,
son del canto de sidéreas soledades
que a las almas,
como en otra edad remota,
en la dulce alba tranquila
enseñara con el índice distante,
el camino de los astros.

Y la sombra del ensueño,
como un cisne por inmensos sinsabores
coronado,
iba quedo sobre el dorso de las ondas,
con los pasos de un fantasma...
Y el milagro de los cielos,
vagos, hondos,
luminosamente inmensos,
deshacíase en caricias estelares,
enseñando con los ojos enmarcados en rubíes,
el camino de Santiago...

Volví luego la mirada
y en la pura alba tranquila,

galopando sobre el dorso de la sierra,
iba el carro de la alada desventura
tras un coro de visiones fantasmales,
mientras muda, sosegada por las penas
la nictálope mirada se extasiaba
en la lejanía ilímite, azulina,
sobre el vasto mar sonoro,
infinitamente solo.

Sobre el alma, la caricia de otros tiempos,
en mitad de las inmensas soledades de la calma,
florecía abandonada;
y las manos blancas, puras,
como cálices,
dolorosamente pálidas
se tendían implorantes,
cual las manos pavorosas de la muerta
que hizo el signo cabalístico en la sombra...

Desceñida,
en la dulce alba tranquila,
coronada por los sueños
o otra virgen pálida
bajo el signo de la estola,
se entreabría la montaña...
la montaña de las dudas
bajo el soplo palpitante de los astros.

■ Poema al río Aguán

A Guillermo E. Ayes

Indómito y soberbio desciendes de las cimas
frías y atormentadas. Y con desdén te inclinas
a la azul cordillera que te mira pasar...
Parodiando el desfile de tu cauce soñado,
vas como por la fuerza terrible de un mal hado,
a perderte en las olas y a cantar en el mar.

Tal como cuando gesta un poema de fiebre,
sin que una sola frase tu gran poder enhebre,
duermes en la floresta, reinas en tu balcón...
Y cantando la gloria de tu fuerza bravía,
ves rodar sobre el monte, en tremenda agonía,
la tarde que se apaga como vieja ilusión.

Así desde tu alcázar, orgulloso y potente,
ves con íntimo encanto que tu fría corriente
veloz y tumultuosa trajina sin cesar...
Y desde el claroscuro de tu noche serena,
ves surgir de tus aguas la vieja luna llena,
apasionada y loca, llorosa de pesar.

Acaso en la mañana, inclemente y pausado,
soñando en la blancura de un palacio encantado,
rices tu cabellera saudosa y señorial;
y llorando la trenza de una novia perdida,
recostado en tu playa la veas rediviva
aparecer de nuevo con su paso triunfal.

Indigno y reverente tu afán me tiene preso,
y hace surgir de lo hondo de mi viejo embeleso
esta canción pagana de mi ritmo lunar;
y tal vez con el grito que mi estro te lanza,
veas desde tu torre, pesarse en la balanza,
mis años de alegría, mi juventud solar.

Quizá desde tu torre, escrutando el destino,
con los ojos clavados en un blanco camino,
veas mi vida rara perderse en un pinar...
Quizá tranquilo y viejo, agobiado y paciente,
me incline melancólico, transido y reverente
a tu cauce sereno, dormido en un palmar.

Yo sé del viejo encanto de las tardes serenas,
viendo surgir del fondo de tus grises arenas
la ninfa milagrosa, soñadora y tenaz...
Yo he visto cómo se hace la vida en tus orillas,
viendo volar las garzas, mustiarse cual gavillas,
a tu aliento de príncipe, burlón y montaraz.

Yo he visto cómo surgen del fondo de tus aguas
tus grandes sinsabores, quemados en las fraguas
del dolor de ser bueno, del pesar de vivir...
Y por eso tranquilo, glorioso impenitente,
dejas correr airoso por tu rauda corriente,
el lagarto soberbio invitando a morir.

Pláceme contemplarte cuando en el rudo invierno
te precipitas loco y en tu locura eterno,
contra los negros puentes medrosos y confiados.

Me gusta ver tus aguas que arrastran tempestades,
volcar esos prodigios de las viejas edades
con la fuerza potente de tus antros airados.

Y así cuando desciendo cansado y sigiloso
a abrevarme en tus aguas, penitente coloso,
a mitigar mi pena y mi sed a calmar...
Así te veo undoso, soñador decadente,
perdiéndote en lo vago de una vieja pendiente,
cantando un canto de oro para asustar el mar.

¡Oh viejo abuelo mío!: tú sabes de las penas,
viendo surgir del fondo de tus grises arenas
la luna blanca y pura como novia autumnal...
Tú sabes del deliquio de las cosas secretas,
del brillar de los soles, del girar de planetas,
de cantos de sirenas en el bien o en el mal.

Yo sé que un claro día —tal vez no esté lejano—
llegaré a tus riberas a verte en el verano,
a soñar con tus linfas, a hundirme en tu raudal...
A decirle a mi vida fatigada y doliente,
que corra muda y sola como fresca corriente,
que se embriague en tus olas, que se abisme en tu mal.

Yo sé que en una tarde he de llegar cansado,
meditativo, huraño, solo y acongojado,
a soñar con la vida lleno de hondo fervor...
Yo sé que en una noche cubierta de luceros,
los dos en la fatiga de extraviados senderos,
corramos briosamente persiguiendo un amor.

Tal vez en otro día más glorioso y más hondo,
veas surgir triunfante desde tu viejo fondo
mi juventud vibrante transida de ambición...
Tal vez en el deliquio de una tarde serena,
el alma rebosante y de alegría llena,
sienta que se estremece de una nueva emoción.

No sé lo que me espera. Pero tu viejo cauce
me dice con locura —también un pobre sauce—
que pronto he de triunfar.
Tal vez con la locura de mi gloria te cante,
desde un país lejano, pródigo y susurrante,
desde una verde orilla, del fondo de un palmar.

O acaso en la blancura de una noche de ensueño,
ebrio de mar y cielo yo te nombre mi dueño,
mi amigo sitibundo, mi hermano en el errar...
Tal vez con la locura de mi vida rendida,
llegue a tu augusta playa mi juventud perdida,
con las canas al viento, a reír o a llorar.

O acaso en el deliquio de un día de fragancia,
traiga los regios ramos de las rosas de Francia,
a cantar tu corriente con mi gesto triunfal...
O engreído y reverente me incline a tu ribera,
soñando con la gloria, perdida mensajera,
bajo el árbol simbólico, ya del bien, ya del mal.

Armonía del trópico

Para Alejandro Castro h.

Es un circo. Los tintes de la tarde
han muerto en el jardín. Trémula arde
la llama de un amor que se acabó...
El crepúsculo llega en la tibieza
de un ensueño de espanto y de tristeza
que se despetaló.

El cuartel silencioso y escondido
tras un bosque de tilos, adormido
ofrece una visión de atardecer...
Claraboyas, fusiles, picas, lanzas,
hacen girar perdida en locas danzas
la idea de un cruzado del no ser.

Los soldados de hierro, hechos al fuego
aterrador y rudo, prenden luego
la fogata del circo del cuartel;
y en torno a aquel hogar se quedan mudos
viendo pasar sin duda sus escudos
por la imaginación, hechos de hiel.

El silencio termina de repente
y un soldado poeta alza la frente
con aire triunfador.
Camaradas... vacila... grita fuerte:
Soy el viejo cruzado de la muerte,
yo soy el redentor.

Era niño y amaba la faena.
Nunca había tenido triste pena:
montaba un potro brioso, piafador.
Caminaba en los campos mudo y solo:
el engaño era cruel. Odiaba el dolo:
tenía una pasión de héroe y de azor.

Una noche gimiendo en la arboleda
una mujer pasó. Era de seda,
cabellera leonada, hecha de amor.
Tenía tristes ojos apagados,
negros como el dolor de los pecados,
las manos blancas, puras. Una flor.

Prendido entonces en la rara fiebre,
el amor demandé. Un credo enhebre
mi acento en esta tarde de anhelar.
Regio Príncipe fuí. Me hice trovero,
monté pegaso y alcancé un lucero
y tengo el alma llena de pesar...

Un día la busqué. La hablé de amores;
le conté mis tristezas, mis dolores
y con dejo de diosa me miró...
Yo estaba desolado. León sería.
Anhelé el esplendor, la cacería
y en la pendiente juventud rodó.

Me fuí a la selva y olvidé la vida.
Cintilaba en mi ser una perdida
esencia que no puedo restituir.
Cacé venados, tigres y leones
y crucé a puñaladas corazones.
Un perdido poeta luego fuí.

Después, amé la vida. Mi caverna
alumbrada por plácida linterna,
por un ensueño, por un trino, por...
fué nido de mis cuitas y pesares.
Batiendo el ala dí con mis cantares
y soy ahora regio trovador.

¿Una Guerra? Quizá. ¿Qué fué de aquella
salteadora y maléfica pantera
que hollaba el suelo y se tornaba estrella?
¿Qué fué de aquel perdido compañero
que pescaba en la noche su quimera
y me enseñaba a amar algún lucero?

¿Y la fuente serena de agua clara
donde abrevó mi sed, donde cantara,
qué se hizo, dónde está?
¿Y el caballo retinto que saltaba
por sobre los peñascos cuando alzaba
la testa, dónde irá?

Y la Mozuela aquella que al camino
víctima de un audaz y cruel destino
fué estuprada por un hechizador...
La misma que lloró su triste suerte
cuando yo condolido fuí a dar muerte
al bárbaro y falaz mancillador.
¿Qué se hizo ya?

Después, me fuí a la guerra
a defender mi honor. Era la tierra
una fogata de pasión y odio...
Requerí mi ambición. Yo fuí valiente.
Por encima del humo alcé la frente,
forjé mi escudo. Aniquilé al Harmodio.

Y hoy aquí, en este circo miserable,
con la roja fogata detestable
al frente, y en el alma mis dolores,

miro pasar un coro de visiones
y estoy sin luz y no tengo canciones
y sus alas han roto mis cóndores.

Calló el cruzado aniquilado y rudo.
Un silencio tenaz. Todo era mudo
en el jardín que idealizó la luna...
Y en el viejo cuartel abandonado
lloraba su locura aquel soldado
que fué poeta de ambición moruna.

■ Mensaje de año nuevo

Se estremece la vida con bostezo salvaje
y el pasado blasona con su muerto oleaje
auroras llenas de ideal...
Claudicante y cansado el viejo año nos deja
y en lo obscuro del tiempo cabalgando se aleja
con sus trompetas de cristal.

El triste caramillo que alentó en los hogares
ya no es el signo grave que mitiga pesares
ni la aureola de luz que murió.
Es el férvido grito del nuevo tiempo fuerte
que nos trae la vida desafiando la muerte
y la corona que se despetaló.

Es la efigie del día luminoso y sereno
que en el ámbito dice la plegaria del bueno
y el canto de luz la inspiración.
Es el grito del orbe cauteloso y bravío
que sacude sus alas de esplendor y de brío
abiertas de todo corazón.

Es el canto del antro. No es el ritmo inseguro
que ambiciona las luchas para un tiempo futuro,
o su coraje en triste lid...
Es la victoria alada de fulgurantes ojos
que abomina las ruinas por sus pobres despojos
caídos al azar sin adalid.

Nuevo tiempo que irrumpes pleno de sol y gloria,
con las puertas abiertas, de espaldas a la historia
y al hombro el carcaj de vencedor.
Año nuevo que llegas, no como aquél, cansado,
con su mano siniestra, silencioso y callado,
llevando a cuestas su dolor.

Me sorprendes sereno, luminoso en mí mismo,
desafiando las fauces que me opone el abismo
en mis momentos de expiación.
De pie, junto al presente, con las alas abiertas,
altivo el pensamiento, las pupilas inciertas
y en el alma transida la ambición.

Te llegas silencioso a mi azul poderío
y en las alas del tiempo, zozobrar mi navío
contemplas al pasar.
Mientras yo, conmovido, con la cabeza erguida,
voy retando los tumbos en mitad de la vida
que se me ofrece ardida de pesar.

Año viejo que pasas dolorido y cansado,
con la cruz sobre el hombro y en el alma el nublado
ensueño que nunca pudo ser...
Año viejo que dejas en mi vida un vacío
y en mi alma la triste congoja del estío
que me dejara loco de un querer.

Algo bueno tuviste a pesar de las cosas:
si escanciaste las mieles o entreabriste las rosas,
vales lo que vale un ideal.
Si regaste el camino de amargura y cilicio
y pusiste en las velas todo el viento propicio,
eres contrario a lo fatal.

Si en cambio, cual conmigo fuiste torvo y airado
y la vida brindaste de pesar enlutado,
eres una inutilidad.
Yo maldigo tus días y a pesar del destino
siento surgir relámpagos en mitad del camino,
abierto el pensamiento a toda idealidad.

Mas, qué digo, si erguido coronaste mi frente,
e infiltraste en mi vida la linfa transparente
de una serena y lírica ambición.
Si diste normas nuevas a mi vida de paso
y pusiste el tinto vino en mi blanco vaso
y me llenaste de cantar el corazón.

Gloria es de tus serenas noches resplandecientes,
gloria de tus ocasos que no fueron fulgentes,
gloria de tu jardín que se mustió.
Te despido, viajero de estelares espacios
desde las rojas torres de mis regios palacios,
desde el sol que los días c n pesar te alumbró.

Año nuevo que llegas con las alas abiertas,
el carcaj en el hombro, de espaldas descubiertas,
anunciador de un nuevo sol.
Mi pegaso te espera piafador y altanero
con la vieja esperanza de alcanzar un lucero
fulgurante en tu cielo de claro tornasol.

Frivolidad Pagana

A Rogelio Triminio

Hay ojeras pálidas, tristes, enfermizas,
de niñas sin lecho, sin pan, sin abrigo.
Ojeras que llevan como las cenizas
el alma escondida de viejos mendigos.

Y hay ojeras hondas, sensuales, perdidas,
de mujeres ávidas que enfermó la vida;
ojeras de vicio de las pervertidas
que sangrando llevan el alma partida.

Ojeras enfermas que brindó el destino
cruel y traicionero. Ojeras que dicen lo amargo del mundo.
Sombras encontradas que en todo camino
delatan perdidas noches sin segundo.

Y hay ojeras místicas como rosas pálidas
que al devocionario brindaron su encanto:
que por no amar nunca volviéronse escuálidas
y al deseo dieron salida en el llanto.

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

Ojeras de monjas que en las sacristías
deslíen su esencia mística y huraña.
Ojeras transidas de pena y cilicio
que inspiran amores de pasión extraña...

Hay ojeras ávidas que no aman a nadie.
Celestes ojeras llenas de recuerdos.
Ojeras que sufren profundos deseos.
Ojeras de viudas que aman una tumba
que se abre al misterio...
Pobres las ojeras de las viudas tristes
que esperan los muertos.

Hay ojeras lilas, violetas de madre.
Ojeras insomnes de dormir al niño.
Ojeras que curan sólo con dios padre,
puras como el alba que lleva el armiño.

Y hay ojeras hondas que dió el cautiverio.
Ojeras de encierro, de fe, de martirio.
Ojeras de Monjes que en el monasterio
vuélvense ermitaños con almas de lirio.

Hay otras azules, celestes, divinas,
de las novias tristes de dolores llenas.
Ojeras que esperan noches diamantinas
en el viejo ritmo que llevan los besos.
Ojeras de novias que sueñan excesos
de mimos, en noches largas y serenas...
Ojeras divinas de las novias buenas,
pálidas y exangües ojeras de pena.

Yo he visto esas sombras clavarse en mi vida,
como dos puñales que abren una herida
paulatinamente.
Y ahondando acaso misterios profundos,
he visto las sombras de lejanos mundos
copiadas en ellas muy frívolamente.

Yo sé, para el alma que olvidó pesares
y halló en la alegría secretas ternuras,
que esas sombras lilas van en mis cantares
sangrando, sangrando viejas amarguras...

¡Oh sombras, pálidas, esquivas, tristes pordioseras!
Las amó un Beduino que lleva en el alma grandes soledades.
Un pálido errante que tiene en sus eras
el viejo epitafio de las primaveras.

■ Palabras a Clementina Suárez

El caballero andante, el Cid o Don Quijote,
sabes de dónde viene? ¿Sabes a dónde va?
¿Fué acaso en algún tiempo capitán o galeote
o príncipe aguerrido en el reino de Alá?

¿O acaso en la fatiga de un desierto imposible
fué el Beduino en la fuga de un ensueño ideal?
¿O fué acaso Francisco del encanto indecible
que anonadó la furia del lobo hijo del mal?

Nada de eso, Poeta. Nada de eso hube sido.
Un cantor de montañas. Un muchacho sin nombre,
que entretiene en la rueca del pesar fenecido,
la audacia irresistible y el gesto de ser hombre.

Un muchacho que un día se creyó aventurero:
siendo Walter o El Rojo, pudo haber sido rey.
Pero quedó en la playa sin daga y escudero
y el auriga del tiempo le señaló la ley.

Y hoy aquí, con el cetro y el pesar de haber sido,
tiendo hacia tí la mano, hermanita mayor,
y siendo aventurero o muchacho perdido,
te señalo el camino de Santiago: el mejor...

Que lo rudo del tiempo no te venza. En la vida
el ensueño es la copa donde vive el amor.
Bebe en el vaso fuerte que serena el olvido
y aprende siendo sabia a ser toda fervor.

Que tu canción arrulle repleta de alegría.
Que el agua de tus fuentes su canción dé al pasar.
Y con la vela al viento dí adiós a la bahía
de la góndola de oro de tu hondo cantar.

Tal el hermano lírico se soñó aventurero.
Por eso es que en mi reino hay siempre una canción.
Y porque vas de viaje, Ave Azul o remero,
como en Cathay la lira es toda corazón.

■ Embrujo galante

A Enrique Gómez

Vieja Bruja enferma de ensueño y de rima,
muéstrame el camino de la perdición...
Enciende en mi pecho tu llama divina
y aprende en mis versos la bruja canción.
Bruja cenicienta, Bruja florentina,
dame un filtro claro para mi ilusión.

Hace mucho tiempo que estaba en la senda,
sentado en la roca, viéndote pasar;
leía en tus labios la roja leyenda
olorosa a mirto y a blanco azahar...
¡Oh Bruja divina! Bruja traicionera,
dame tus encantos de farandulera.

Leía en tus ojos un sabio misterio,
muy hondo, imposible, como el rudo mar;
decían tus labios ritmos de salterio,
hermanos acaso de un viejo cantar...
Bruja sibilina, sabia pordiosera,
dame tus encantos de farandulera.

¿Qué hay en tus ojazos negros y profundos
que tanto cintilan en la obscuridad?
¿Es la savia virgen de los otros mundos
o la vela inquieta de tu santidad?
Bruja misteriosa con ojos de abismo
y regia pupila como de mutismo.

¿Qué són en las noches repite tu cuita
cuando vago solo con mi juventud?
¿Tiene sinsabores de caperucita
o un ensueño de oro tu viejo laúd?
Bruja misteriosa que atas al misterio
ritmos armoniosos de un loco salterio...

¡Oh, *Bruja divina*!, *dame tu remedio*
o el filtro claro de la perdición,
para una muchacha que muere de tedio
porque siente llantos en el corazón.
Bruja silenciosa, dame tu misterio
y los ritmos de oro del viejo salterio.

¿Qué noche ha pasado sobre tu pupila,
que tan negra tienes de renunciación?
¿Es el agua clara de una vieja pila
o la horrible queja de mi corazón?
Bruja silenciosa, ¡oh Bruja divina!
dame ese misterio cruel que te ilumina,
para una muchacha que muere de tedio
porque quiero darle ya mi comunión...
¿No oyes la fatiga del mal sin remedio
y la horrible queja de mi corazón?
¡Oh Bruja divina! dame tu conseja,
tu que ya estás cana, tú que ya estás vieja.

¿Qué aquelarre horrible tienes en tu casa,
ya que con tus filtros das la perdición?
¿No ves cómo llora tu dolor la raza
cuando la traicionas con tu maldición?

Bruja solitaria, Bruja sensitiva,
ata fuertemente mi triunfante vida...
Dame de tus filtros la llama encendida,
esa roja llama de ensueño real...
¿No ves, Bruja mala, que tengo la vida
sumida en un hondo pecado mortal?

■ Delirio sobre una roca

A Guillermo Enríquez García

¿Qué arcano llevas en la sacra frente
que tan serena el porvenir esperas?
¿Presientes inquietudes de vidente,
o acaso desesperas?

Escrutando en la noche los ocasos,
engreída en el azul sientes congojas
y ves saltar cristal hecho pedazos
transformado en cadáveres de hojas...

Sibila vierte esencias en tu frente.
Pan ata el hilo de la dicha vana.
¿No escuchas el rumor de aquella fuente,
o el lloro en la campana?

Silenciosa en la noche, ardiendo en ansias
contemplas el coloquio de los cielos
y en un loco entusiasmo el vino escancias
en la soberbia copa de tus vuelos...

Delirando en el día, el horizonte
ves desde tu peñol obscuro y rudo;
y en la serena paz de todo monte
tu labio calla indiferente y mudo.

Perdida en el camino, acaso intentes
contemplar en su fuga al caminante,
mientras en tus ensueños de vidente
corporices de auroras tus diamantes.

Cautelosa en la senda, siempre inmóvil,
con la entraña quemante y siempre viva,
ves acaso surgir un automóvil
en tu nevada falda pensativa..

O engreída en el azul, serena y fuerte,
en la quietud de amor de tus entrañas,
en plática solar junto a la muerte
vibrar quieras en trágicas hazañas.

Yo loco ví, desde tu cima obscura,
arder en mi niñez fuentes de vida;
y en la serena paz de toda altura
soñé mi juventud enardecida.

En la tarde que acaso rememores,
en el día solar o en noche inmensa,
soñé pétrea visión de áureos cantores
junto a tu seno inerte que no piensa...

Y solo, con la sangre hirviente y trágica,
preguntas hice e inquirí soberbio,
y tu serena boca fría y mágica
tendió paz a mi ser, quietud al nervio.

¿Qué escrutan tus pupilas en el mundo?
¿Qué ven tus ojos que ya nunca cierras?
¿Qué esperas de aquel antro tan profundo
que amenaza las sierras?

¿Ves sin duda surgir un cataclismo
de tu ígnea entraña que esconder procuras?
¿O en la cima solar o en tus abismos
ves retratarse todas las alturas?

Yo nada sé. Indiferente, huraño
te ví una vez en mi niñez lejana,
y andando el tiempo, báquico y extraño
te he soñado en mi clásica ventana...

Y en el día solar que hoy rememoro
y en verso esculpe juventud airosa,
un sueño, una visión, algún meteoro
pasa junto a mi frente silenciosa.

Hoy recuerdo el ayer y aquel camino
donde soñé una vez, surge indeciso...
Tal vez pase otra vez el peregrino
y se siente a soñar junto a tu hechizo.

■ Cenizas

El reloj pausadamente
va diciéndome al oído
que la vida va pasando...
Su sonido prolongado
va dejando sobre el alma
los dolores del pasado.
Muy adentro,
sobre el vértice florido de mis sueños
van muriendo locamente, tristemente
mis lejanas esperanzas.
Los recuerdos,
las cenizas de mi vida se amontonan
como un puñado de oro
sobre el brote calcinado
de mis lágrimas...
¡Oh cenizas congojadas!
¡Oh cenizas que avivaron los recuerdos
en la noche opalescente de mis sueños!
Voy quedando atrás cansado;
el desierto se abre solo

y la vieja caravana
va pasando,
y yo estoy quedando solo
como aquel camello triste
que pausadamente anda
dilatando las pupilas
en los grises horizontes...

¡Oh, esta vida miserable!
y nacer para los sueños,
y sentir que pesa a plomo
sobre el hombro
la montaña de las muertas esperanzas...
Las cenizas de mi vida,
las cenizas de mi alma
van quedando en el camino
abandonadas...,
y aquellas,
las cenizas de mis sueños,
van gritando,
con los brazos extendidos,
con las manos implorantes,
con los ojos dilatados
a los aires...

Nada encuentro,
nada dice a mis abismos
la palabra que me salve,
y al contrario,
voy quedando abandonado
en mitad de las inmensas soledades,
como el pobre de la vieja caravana
que dejó sobre el camino
la sandalia destrozada...
Y mis sueños van pasando
y yo paso por la vida
como un sueño
que violó la rubia testa
de una diosa.

Kiromante, ¡oh beduino abandonado!,
si me curas
te daré todo este cofre
de nostalgias...,
y el beduino coronado por los soles,
defraudado por la vida,
nada ha dicho...
El también lleva estos sueños,
él también sufre el delirio de los grandes
y se pierde en el desierto,
y a medida que se aleja,
va dejando los oasis...
y en el fondo de mis ojos
lejanías olvidadas
van borrándose...
van perdiéndose las sombras
que dejaron los recuerdos
en la mente alicaída
y tiritan sollozando...
Sobre el alma,
las cenizas de mi vida,
van cayendo.

■ Balada de la desesperanza

Corazón, corazón: mudo testigo
de mi pesar. Indiferente amigo
en mi vida al azar.
Callada está tu celda milenaria
y como grito se alza una plegaria
sobre el azul del mar...
Tu vida de desdén. Tu vida inquieta,
perdida en el pavor de la ruleta,
callado te dejó;
y como en la tristeza del salterio,
se alza en ti, corazón, un cementerio
con una cruz de gró.
Silencio, nadie turbe tu reposo
sileno del dolor: pobre coloso
que el mundo de la suerte aniquiló.
Nadie, soñando con tu ensueño muerto,
quiera volando ir hasta tu puerto
que un océano azul ya separó.
Nadie cruce el desierto de tu vida,
donde la fiera tiene su guarida
poderosa y brutal.

Nadie a tu fe solloce silenciario,
pues por toda respuesta, un campanario
lucirá su dogal.
Quien haya en esta vida que intentara
la roca remover. Quien desplazara
la imagen de tu sér;
esa que se atreviera fementida,
tendría que llegar triste y rendida
a implorar tu querer.

La ciudad está enferma. Tiene un quedo
susurro que parece cruel remedo
de mi renunciación.
Y en la calleja que durmió tranquila
me muestra su pesar una pupila
transida de emoción.
Un grito se desprende desde lo alto
y como desde un cerro de basalto
se pone a sollozar...
Yo que atisbo la pena presentida,
siento rodar callado por mi vida
el bostezo del mar.
Siento que me fascina el pensamiento
y que lloroso y triste un sentimiento
levanta su aflicción.
Y como desprendido de mi arcano,
siento el pesar tan cruel de ser humano
y tener corazon.
De ser triste viajero del ensueño,
pensando en mi perdido clavileño
que azotó el huracán.
Perdido en las arenas del desierto,
me siento indefinible, vivo o muerto,
me siento un pobre can.
Abatiendo mis alas hasta el cielo
siento la fuerza astral de este mi anhelo
que me impulsa a soñar.
Y agitando el ala tras la cumbre,
miro emerger la pobre muchedumbre
transida de pesar.

Miro el páramo abierto de mi vida
donde nunca, cantando dolorida,
un ave despertó;
sólo aullando la loba centenaria,
sintió el horror de la primer plegaria
que Hécuba levantó.
Así junto a mi mesa rememoro
la pena que callado condecoro,
el pesar que en mi vida triunfará.
Viendo el azul divino y somnoliento,
pienso que acaso sea un triste cuento
que Dios corregirá.

Aguila soy. Quien triunfe de mis garras
podrá ponerse encima de las parras,
sobre la luz solar...
La que atisba mi fiera donosura,
puede a mis pies rodar con su ternura
o conmigo volar.
Quien intentando doblegar mi orgullo
se ponga a contemplar necio capullo,
sola se quedará.
Iré sobre el dominio de la muerte
viendo por polo esta mi negra suerte
teñida en baccarat...
Iré sobre el abismo con mis alas
y mi potencia lucirá sus galas,
sus trompas de cristal,
cuando en la cumbre, viendo la floresta,
me siente a meditar sobre la cuesta
en alfombra lirial...

No llores, corazón. La fuerza eterna
que aprisiona cantando tu caverna
volando triunfará,
y por precea te dará tributo:
ya el mágico cincel de Benvenuto
o el himno de Zolá.
No inquietes a la vida con tu lloro;

muestra al mundo, ¡oh mi hermano! todo el oro
que tienes en tu ser;
enséñales el río prodigioso
donde agitas tus alas de coloso,
triunfando del no ser.
Y cuando la áurea copa ya esté llena,
por encima del mar y de su arena
elévate triunfal,
y ríete del mundo y de su ruina,
colócate en la cumbre e ilumina
con tu luz tropical.

■ Canción de la vaga armonía

Yo tenía doce años en aquella mañana.
Era viejo y vivía una aurora lejana,
un ensueño nocturno en jardín autumnal...
Los ramajes velaban a la orilla del río
y el imperio del mundo —¡oh fugaz poderío!—
se diluía en la sombra de un pasado triunfal.

Yo era viejo y tenía doce años en la rueca.

Era mi vida cana como un grave crepúsculo,
como un ensueño vano, como río minúsculo,
como un clásico libro que nada da ni enseña.
Yo vivía el crepúsculo de un jardín olvidado,
de un deseo preciso, de algún beso callado,
de una página trágica que una muerte diseña.

Yo era viejo y tenía doce años en la rueca.

Mas el tiempo ha pasado sobre mi muda frente,
sobre mi blanco río, por mi divina fuente,
por mis predios sonámbulos, por mi jardín en flor...

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

Y la blanca muchacha tan lejana y divina
y aquellos negros ojos y aquella voz de ondina
que dejaran en mi alma un secreto temblor.

El tiempo es viejo horrible que todo lo repara,
que todo lo equilibra y todo lo compara
tejiendo la áurea malla con brillos de coral.
Es el gigante artífice de la pasión humana:
anochece muy joven, amanece ya cana
la cabeza que un día gozó en la bacanal.

Nuevos otoños vienen, nuevos soles fulguran,
a una dicha perdida otras dichas perduran
en el caleidoscopio rojo del corazón.
A un revolar de hojas, a un armónico canto,
otro canto más dulce de iluminado encanto
sigue en el precipicio de la ruda razón.

Yo era viejo y tenía el soplo de mis años.

Ahora tengo el cráter, el volcán en el alma;
nuevos trinos se vienen, nuevos trinos se van...
Mi canto es oro fino que da brillo a la calma
de emociones que vienen, de vidas que andarán.
Hoy soy joven y el grito del mar me tiene inquieto
y a él mi canto lanzo, a él lanzo mi reto.

■ Nocturno del recuerdo

Hay dos ojos que me miran...
Hay dos ojos que se asoman a mi vida
como dos hogueras muertas, apagadas.
Hay dos ojos que me quieren con sus lágrimas
y reviven el rosario de recuerdos...
Hay dos ojos que me miran por la senda,
peregrino de visiones fantasmales
en las noches intranquilas como quejas...
Hay dos labios que me nombran
y florecen de caricias
en las grises tardes pálidas...
Hay dos labios suspirantes,
empapados de tristeza,
que me ruegan...
Esta noche me han robado la tristeza,
esta noche me han quitado la alegría.
Van quedando atrás los sueños,
van pasando como sombras
las perdidas esperanzas...,
y en el cofre de recuerdos

van dejando mis nostalgias
su pureza cristalina...
Esta noche me recuerda
las ojeras de la novia,
de la novia triste y pálida...
La melena de la noche va cayendo,
va cayendo sobre el alma.
Yo revivo mi pasado,
las historias amorosas
y los lances olvidados...
A mí tiende ya la vida sus dos ojos,
en mi gesta una esperanza desolada.
Vuelvo al cofre de recuerdos
y hay dos lágrimas...
Hay dos tristes esmeraldas que me aman,
que me nombran y me quieren.
Abro el cofre; se han fugado,
se han perdido para siempre
y me tienden sus pupilas temblorosas,
tiritantes e intranquilas...

Esta noche me fascinan los recuerdos
y no miro ni siquiera una esperanza...
Mis dos manos están tristes, están pálidas.
Hace días que reviven las caricias de las novias
olvidadas
y se quedan temblorosas esperando...
Los dos senos de la amada, qué divinos,
cual temblaron en la noche silenciosa,
ya pasada...
Estas manos temblorosas y enlutadas
hoy reviven el recuerdo...
ya no hay nada.

■ Secreta canción

Yo aprendí el secreto que va en la sonrisa
alba y palpitante de la juventud...
Enhebré al olvido la rosa que hechiza
y tendí los brazos a la Pitonisa
de la excelsitud.

Alterné en la flauta los sones amargos,
la loca alegría y el viejo reír...
Pasaron los tristes de cabellos largos
y también pasaron las que me dejaron
un hondo sentir.

Dije la alegría vasta del gran todo
en el viejo fuego que va en mi canción.
Eran todos ciegos y llevaban lodo.
Yo llevaba un verso en la loca risa
de mi corazón.

Dije la palabra del alba soñada
en la aurora vaga de la idealidad.
Todo fué muy triste y una carcajada
se perdió en la gloria de la vecindad.

Mas hoy que los soles colmaron mi vaso
y el viento a la selva llevó mi canción,
busco un noble vino para hacer pedazos
esta risa amarga de mi corazón...

Y suene en la noche el viejo alarido,
alarido largo poblado de olvido
y renunciación.
Yo soy el perdido que vivió su anhelo
y en la cristalina locura del cielo
dijo su canción.

■ Inútil afán

Yo *fuí el cantor de una visión ardiente*
en noche estiva de ambición lunar.
Yo hundí mi verso en la sagrada fuente
con un anhelo loco de cantar...

Yo fuí el cantor de una mujer que nunca
en roja llama de pasión se da.
Yo fuí viajero, tengo el ala trunca:
al fin y al cabo la canción se va.

Y fuí en la selva Pan, un poco huraño
y a las ninfas cante aurea canción:
Había en una un anhelar extraño
y en otra un vago encanto de emoción.

Y Pan seguí en la vereda esquiva,
ebrio del mundo y de la fuente edén.
Yo ví rodar la lágrima cautiva
con un afán de amor y de desdén.

La selva toda a mi pasión se hizo
nido de alondras y de bacanal;
y al recordar sonriendo sus hechizos,
siento en el alma un ansia de llorar...

Yo fuí el cantor de unos marmóreos brazos
donde mi mano ardiente se posó:
la vida sigue siempre entre sus lazos,
llevo en el alma un deslumbrar de ocasos
y una caricia que se deshojó.

Seguí viajero en la ciudad dormida,
bajo las luces, en la noche azul.
Ahora llevo el alma ensombrecida
y hay una voz que me responde herida:
se fué la dicha en el trigal garzul.

Aureo cantor: tu flauta se hizo trizas
en roja boca y en ensueño infiel.
Ya solamente viven tus sonrisas
en claro vaso de amargada hiel.

Yo fuí Pan el cantor: ya tanto he sido.
Joven hercúleo fuí con férrea lanza;
tengo el pesar al fin de haber vivido,
de ser así, de andar en acechanza
de una mujer astral que he conocido...

Hoy soy Pan el cantor, ya viejo y triste,
con mi canción y mi visión lunar.
Mi vida tiene el mal que ya le hiciste,
¡oh ideal! lejano ideal que te perdiste
en un piélago inmenso de pesar.

■ Cripta

Envejezco, alma mía, envejezco.
Atrás queda el milagro de la carne
y los sueños se esfuman vanamente.

Este invierno brumoso
que no tiene principio y que no tiene fin,
va cayendo en la sombra muda de mi camino
donde la floración de las corolas
fué un eterno saber...
Y le pregunto a mi intención cobarde
si al fin va a anochecer;
y el aire fantasmal pasa zumbando.
En la torre lejana
ya reventó en sollozos la campana
y el alma —la ilusión— empieza a arder...

Vieja cripta vacía. Corazón que enmudeces.
Dime: tus sueños, ¿dónde están?
¿Dónde huyó la tragedia de tu vida?
¿La florida canción, la presentida,
la loca sensación?

Pasó un enterrador y de la vida
se llevó la nostálgica encendida,
la presentida, la desilusión...
Y un vago viento frío y funerario
sopló sobre la lumbre de mis años
y una huesa cavó.

Rosas. Fragantes rosas
perfumaron las tumbas caprichosas...
Unas rojas, purpúreas, albeantes.
Otras, con la blancura de los sueños,
sobre el quieto silencio de las aguas
despetalaron su cariño ajeno
para la *tumba de mis desengaños.*

Después. . los cirios ruborosos
coronaron las criptas legendarias,
y la sangre floral de las arterias,
negra como mis sueños de noctámbulo,
sobre las quietas aguas del estanque
su protesta dejó teñida en lágrimas.

■ Poema al mar

Para Alejandro Navas Cardela

Viejo de hirsuta barba, a tí mi verso vuela
con trueno de cañones y ritmo de gacela,
desde la sierra abrupta, hasta tu playa audaz...
Un soldado del día y un poeta te grita
y arde en tu enorme fragua, con su llama maldita,
lanzando a los espacios un canto montaraz...

Un montañés enorme con su gesto potente,
con su espada en la diestra canta a un continente
y a tí ¡oh viejo hirsuto de la barba triunfal!
Un panida del bosque con su verso salvaje
que atruena la llanura y hace hervir el oleaje,
te ofrenda un canto de oro, épico y orquestal.

Viejo enorme que aterras con tus olas rugientes,
con tus voces brutales de loco balbuciente,
con tus cantos forzudos llenos de savia ideal:
Dime si en tus cavernas hay diamantes enormes,
si sepultas montañas o parajes informes,
si tienes bellas Reinas en casas de cristal...

Dime si el barco joven que partió en la mañana,
o en la noche silente, se escondió en la lejana
tierra antigua del sol:
Si el submarino obscuro de algún país del norte
se hundió en tus turbias aguas como regia consorte,
mientras el sol brindaba su clásico arrebol...

Viejo sabio, enigmático: fauno de los cantares,
violador de las leyes que sepultan pesares
en las constelaciones del azul, viejo mar...
¿Hay acaso en tus ondas mil enormes escudos
que repiten el trueno de cien tritones mudos,
o el lastimero cántico de sirenas del Czar?

¿Hay en tus cuencas lóbregas mil pupilas vacías,
cien mil vírgenes puras del reino de Isaías
o riquezas cuantiosas de humana perdición?
¿En tus abismos mudos, hay collares de perlas
y trenzas prodigiosas que no es preciso verlas
para sentir que ruge y truena el corazón?

¿O en tus palacios viejos, antiquísimos, mudos,
siguiendo el palpitante ritmo de tus forzudos
gigantes, mil Diosas prisioneras reclaman tu piedad?
¿O eres el rey soberbio del mundo y de la ruina
que lo aniquila todo al par que lo ilumina
con los atroces golpes de tu infame piedad?

Mal digo padre. mil veces me arrepiento.
Baste para mi canto la fuerza de mi intento
y el atronante flujo de tus enormes olas.
Baste el grito iracundo de tus antros sombríos
que eclipsan fortalezas y vastos poderíos
entre los truenos múltiples de tus viejas corolas...

En las noches serenas, imposibles y extrañas,
cuando surgen airosas del cielo las entrañas,
me he bañado en tus ondas, imponentes y obscuras;
y alejado del mundo y sus crispadas crines
he llegado a tus playas por todos los confines
a embriagarme en tu aliento y en tus grises honduras.

¡Oh imponente bravura de tus olas inmensas,
cuando el viento resopla las cosas que tu piensas,
cuando tus odres dicen su maldición eterna!
Entonces, mar divino, te acarician las anclas
y se crispan tus nervios con las góndolas blancas
que palpitantes caen en tu negra caverna...

¡Quién pudiera en las tardes de marina hermosura
contemplar de tus olas la imponente bravura
y asimilar tu fuerza imitando tu ejemplo!
¡Quién pudiera en las noches cuando piensas dormido
llegar a tus entrañas y clavarte el fornido
dardo con que trepide la base de tu templo!

A tí que en una tarde serena he de darte
el adiós de la nave que me lleve a la parte
donde florezca en rosas mi jardín otoñal,
va este canto de vida, juventud y armonía
con el gesto que encierra mi ternura sombría,
mi corazón de hombre, forzudo y tropical...

Hoy hay sol y es la dicha una cosa muy vana;
en el ámbito dice su llanto la campana,
su clamor en que muere la esperanza solar...
Hoy hay sol y en mi vida se ha fugado la suerte
y en cambio alza soberbia su pabellón la muerte
dentro mi propio abismo transido de pesar..

Pero no: qué de penas si mi sangre se irrita
y a cambio de una pérdida mi corazón palpita
y siente el aire resoplar...
A qué decir pesares cuando fulge un sol nuevo
y a cada pesar triste hay un regio renuevo
y se echan mis alas a volar...

Adiós y que mi grito haga rugir tu oído
y a cambio de una pena oiga el fuerte latido
de la vida que ríe, del pesar que se va...
Si alguno en tus andanzas pregunta por mi nombre,
decidle que abomine y también se asombre.
Yo soy el más soberbio y el más conquistador.

explicación necesaria

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

Quedan aquí, en este libro, reunidos algunos de mis versos. He querido, haciendo una cuidadosa selección entre las muchas tentativas de poesía que he escrito, salvar del inevitable olvido siquiera estos mezquinos poemas. Ellos representan la inquietud fervorosa de mi adolescencia. Ellos te hablarán, lector, de mis momentos afirmativos de profunda alegría y de entusiasmo inaudito. Ellos te dirán, también, de mis obscuras noches de duda, de mis inenarrables horas de espanto ante la vida. Son acaso, la milagrosa y exacta representación de mi complejo espiritual. Soy un hiperestésico y un frío analizador de mis estados espirituales. No obstante estos abismos, he sabido levantarme de mis pequeños conflictos, para decir en última instancia mi palabra inmarcesible y mi anhelo de esperanza y de luz.

Es así, pues, que en estos versos no encontraréis ninguna orientación definida. Ninguna ruta segura hacia la eternidad del estilo o de la idea. He trotado por todos los caminos y, sin embargo, sólo he andado uno. He aprisionado en mi cristal divino todos los rayos de luz y, sin embargo, no tengo en estos momentos ni siquiera el leve resplandor del último relámpago. He creído volcar en el molde imperecedero de mi estrofa, mi palabra insondable y mi idea de poesía y no he logrado sino un éxito mezquino. Casi siempre me he quedado —pensando con Paul Valery— entre el vacío y el suceso puro. He querido encerrar en el marco de mi verso la música azul que yo he soñado, mi anhelo de florescencia divina y primitiva como en el idealismo de Lawrence y los ramajes de mis soñados jardines se han deshojado en el pleno fervor de la adusta primavera. Por todo eso quedan en este libro los restos de mi juventud náufraga que no ha encontrado caminos.

Espero brindaros dentro de algún tiempo, si es que el tiempo no ha destruido mi anhelo de belleza y mi afán de luz y de poesía, un libro —TIERRA ADENTRO— que exprese, en el sentido profundo y humano de la vida, la misión estética del que fué ayer un forjador de vocablos sonoros y un estilizador de obscuros sentimientos.

Si algún mérito tiene este libro, es el de haber sido escrito con la desnudez de la sinceridad más absoluta.

Creo en el destino humano de la poesía y con Proust comulgo en la creencia que sólo la metáfora puede dar un sentido de eternidad al estilo.

De hoy para siempre, iré EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO.

1937

contenido

DIGITALIADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

Afán
Prólogo
El Canto Gris
Excelsa Demencia
Madrugada Marina
Hoy se ha muerto una Estrella
A la dulce inocencia de María Guadalupe
Carías Reyes
Decires del Silencio
Visión de una Calavera
La Voz de las Sombras
Nocturno del Alba Tranquila
Canción Ranchera de la Soledad
Languidez
Sinfonía Gris
Lo triste es así
Canción Fugaz
Humo

Afán
Lámpara Fiel
Pecado
Amanecida
Porvenir
La emoción perdida
Despertar
Azul
Brindis
Ensoñación Aldeana
Amor de los Cristales
Deleite
Ave Hermana

La Abuela
Milián
Selva
Fugaz
Gris de Otoño
Noche
Ella
Tu risa
Amor de Gitana
Mi verso —bandolero marino— ancla en un puerto
Palabra
Quiero
Habla el rubio champán de tus cabellos
Mi verso ancla en la mañana de tu risa
Canción de la risa dolorosa

Nocturno de la Montaña
Poema al Río Aguán
Armonía del Trópico
Mensaje de Año Nuevo
Frivolidad Pagana
Palabras a Clementina Suárez
Embrujo Galante
Delirio sobre una Roca
Cenizas
Balada de la Desesperanza
Canción de la vaga armonía
Nocturno del Recuerdo
Secreta Canción
Inútil Afán
Cripta
Poema al Mar